

Selecta

Kathia Iblis

*Susurros
de amor*

El corazón de un libertino IV

Susurros de amor
El corazón de un libertino 4

Kathia Iblis

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

*A veces el amor llega a tu vida como un estruendo.
Otras veces llega con suavidad,
en un susurro escondido en las penumbras de la noche...*

A veces tengo una sensación rara respecto a usted, especialmente cuando la tengo cerca como ahora. Es como si tuviera una cuerda debajo de las costillas de la izquierda, atada estrechamente con una cuerda similar en la zona correspondiente del pequeño cuerpo de usted. Si se interponen entre nosotros ese canal turbulento de agua y unas doscientas millas de tierra además, me temo que esa cuerda se rompa, y tengo la fantasía nerviosa de que empezaré a sangrar por dentro.

Jane Eyre, de Charlotte Brontë

Prólogo

Nueva York

Vispera de Año Nuevo, 1869

—Papá...

—Ni una palabra. De ninguna de las tres —advirtió el hombre mientras se paseaba de una punta a la otra de la habitación. Cada tanto bufaba por lo bajo y dirigía una mirada severa en dirección a sus hijas.

Bianca, sentada junto a sus dos hermanas mayores, las observaba de reojo. Había escuchado los rumores de lo que había ocurrido en el baile la noche anterior por boca de los sirvientes, pero no sabía qué tanto era verdad y qué tanto exageración.

—Papi...

—*Papi* nada. No puedo creer la falta de juicio que ambas han demostrado. Involucrarse con esos dandis... y sin siquiera pensar en las consecuencias de ello. ¿O acaso desean arruinar a su hermana menor?

—Nosotras jamás...

—Ustedes jamás y, sin embargo, las cosas ocurren. Precisamente por eso hemos tomado una decisión con su madre.

En ese momento, la mujer en cuestión, ingresó a la habitación. Su mirada severa se dirigió a sus dos hijas mayores mientras se detenía junto a su marido.

—Veo que papá ya les ha dicho algo...

—No mucho... —masculló Beatriz, la mayor de las tres.

—Yo me abstendría de soltar la lengua, jovencita. Todo esto fue obra suya... —La mujer enarcó una ceja mientras hablaba, desafiando a sus hijas a cuestionarla.

—Madre —finalmente Birdie practicante suplicó. La realidad era que no saber lo que iba a ocurrir las estaba matando a las tres.

—Visto y considerando que aquí se les ha dado demasiada libertad y piensan que pueden hacer lo que se les dé las ganas y sin que haya consecuencias por ello..., la próxima temporada será en Inglaterra.

—¡¿Qué?!

—Así es, jovencitas. A ver si un poco de los buenos modales de las debutantes inglesas se les

contagia —declaró la dama con decisión—. Partiremos poco antes de que se inicie la temporada. Por supuesto que se diseñará todo un guardarropa nuevo a cada una. La señora Huxley me dijo que una de sus sobrinas halló un perfecto partido mientras estaban de viaje allá... No es aristócrata pero es, aun así, un excelente partido.

—Padre, por favor —suplicó Beatriz.

—Olvidalo. Ya hemos tomado la decisión. Lo hubieras pensando mejor antes de escabullirte al balcón con semejante individuo, en especial, sabiendo que tu hermana no tardaría en seguir tu ejemplo. Gracias a Dios que Bianca estaba en casa. Claro que ella no se hubiese comportado de esa manera...

La joven en cuestión se encogió en el asiento. Odiaba cuando su madre hacía esas comparaciones entre ella y sus hermanas. Al ser la menor, cualquiera esperaría que fuese la más alocada, pero la realidad era que a ella le gustaba estar tranquila con sus libros o haciendo otro tipo de actividades sociales. Le gustaba socializar, pero estar en un salón atestado de personas a quienes no conocía, vestida como una muñequita en una vidriera a ver quién iba a elegirla, no era su idea de diversión. Cualquiera día prefería una *soirée*[1] en casa de alguna familia amiga o un día de campo. No era que a ella le costaba sacar tema de conversación. De hecho su familia, a menudo, bromeaba con que se arrepentía de haberle enseñado a hablar porque, una vez que empezó a hacerlo, jamás se detuvo.

—Madre, ¿no podemos viajar a visitar a la tía Greta en Boston?

—¿Para que vuelvan loca a mi hermana? Olvídenlo. Ya bastante tiene con sus primas. Sin mencionar que, si a ustedes les va bien, puede ser que viajen luego a visitarnos.

—Madre, nosotros no somos de la nobleza... somos nuevos ricos. ¿Qué te hace creer que nos dejarán ingresar en su círculo social?

—Su padre se va a hacer cargo de ello. Es lo bueno del avance del progreso... Ellos no van a poder sobrevivir para siempre de sus encumbrados apellidos, necesitan dinero para mantener sus estilos y ahí es donde ustedes entran, niñas. Con sus más que cuantiosas dotes y la fábrica de su padre, en poco tiempo, van a tener más pretendientes de los que creen.

—Qué mortificante...

—Como si fuésemos yeguas...

—Cuidadito, jovencita, que bien que no te quejabas de ello cuando te pavoneabas delante de la señora Winnycot y sus hijas. O cuando ciertos caballeros se peleaban por ti —declaró la dama mirando con el ceño fruncido a su hija mayor—. Y tú, Birdie, bien que eso no te molestó cuando el joven Dreyfuss te persiguió toda la temporada pasada y declaraba, a quien quisiera oírlo, que eras la mujer más bella de todas y que contigo se iba a casar.

—Madre... —Las dos jóvenes se quejaron a la vez.

—¿Tú qué opinas, Bianca? —finalmente la instó su padre observándola con detenimiento.

—Me gusta la idea de abandonar la ciudad. Nunca viajamos a ninguna parte, excepto a visitar a la tía. ¿Podremos conocer la ciudad además de buscar maridos? —Decidió ser sincera. Ella era la

más joven, aún tenía tiempo para contraer matrimonio. Pero la idea de conocer una de las ciudades del Viejo Continente realmente la emocionaba.

—Por supuesto que sí, pequeña. Partirán con su madre y yo iré a visitarlas una vez empezada la temporada. —Luego volvió su atención hacia sus otras dos hijas—. ¿Entendido jovencitas? No quiero escuchar un solo escándalo o le voy a pedir a un viejo amigo mío que las albergue en su casa... en el oeste... lejos de todo y de todos.

—Sí, padre —respondieron al unísono las dos aludidas.

—Perfecto. Entonces ya está todo decidido.

Londres, 1870

—Hermanita, no puedes seguir así.

—No he hecho nada malo —declaró Bianca con el ceño fruncido mientras observaba al caballero alejarse con rapidez luego de terminado su baile.

Sabía que sus hermanas tenían razón, pero no podía evitarlo. Simplemente no servía para comportarse como una perfecta dama inglesa, desabrida u aburrida, que se lanzaba agradecida en brazos de un caballero y porque le estuviera prestando atención. Sin embargo, eso no parecía sentar muy bien en Londres, donde la mayoría de las damas parecían comportarse como pacatas reprimidas.

Suspiró y observó el salón hasta que su mirada se detuvo en un grupo de jóvenes que, sentadas en un rincón, parecían ser evitadas por los caballeros presentes, a pesar de que no lograba comprender del todo la razón. A su manera, todas tenían algo que llamaba la atención, aunque también las hacía destacar del resto... y quizás ese era el problema.

Observó de reojo a sus dos hermanas mayores y, sin decirles, comenzó a caminar en dirección al grupo de desconocidas.

—¡Bianca!

—¡Regresa aquí!

—No. Estoy harta de que todos nos traten como si fuéramos portadoras de la peste bubónica. Si no podemos atraer la atención de ningún caballero, entonces al menos le voy a sacar provecho a esto y voy a hacer amigas.

Con cierta renuencia, las jóvenes tardaron en seguirla, pero, cuando lo hicieron, no tardaron en encontrarse enfrascadas en diferentes conversaciones con las damas inglesas y descubrieron que, si bien no eran el grupo popular, bien valía la pena volverse *casi floreros* si con eso hallaban la amistad.

Capítulo 1

Casa de campo de los Kensington

Cameron Ramsey Kerr observó a la pareja paseando por los jardines. Reconoció al instante a lord Douglas. Imposible no hacerlo por la manera en que, incluso pese a la distancia, sus ojos violáceos se destacaban a la luz de las antorchas, lo que le daba un aire casi sobrenatural. Pero ni siquiera eso podía eclipsar la adoración en su mirada hacia la joven que caminaba a su lado. Lady Amelia Thompson, sobrina del arzobispo de Canterbury, le sonreía mientras se aferraba a su brazo. Instantes después, los vio fusionarse en un apasionado beso, y no pudo más que sentir su propia soledad pesándole en el alma.

Se apresuró a olvidarse de esos absurdos anhelos cuando vio pasar a una joven disfrazada de María Antonieta. No tardó en notar la sombra que la seguía de cerca... Otro de los agentes encargados de cuidar a las jóvenes disfrazadas mientras Merriweather seguía en las inmediaciones de la propiedad.

El sonido de suaves pasos a sus espaldas lo alertó de que alguien se acercaba. Sus sospechas se confirmaron cuando una joven disfrazada, también como la controversial reina francesa, con un vestido de un pálido celeste, ingresó a la biblioteca en penumbras. Si le sorprendió que ella no encendiera alguna vela para iluminarse, no lo dijo.

Consciente de sus responsabilidades, se limitó a mantenerse oculto entre las sombras. La vio acercarse a los ventanales y ocupar el lugar donde él había estado de pie instantes antes.

La escuchó suspirar mientras observaba a Callan y Amelia besarse. Su delicado rostro iluminado por la luna llena delataba su juventud. Pero, según parecía, a diferencia de las damas que él conocía, ella anhelaba algo como lo que la pareja en el jardín tenía. No pudo culparla por ello. El amor de sus propios padres había sido así..., pero en ese momento era tan solo un vago recuerdo en su mente... Escenas recortadas que habían sido asimiladas por su mente infantil y que bien podían no ser un fiel reflejo de lo que había sido su infancia.

Habían pasado demasiados años de aquello y sus más recientes vivencias de cuando había sido un niño estaban llenas de dolor y miedo. Todo gracias a su abuelo... el respetado vizconde de Lohrien.

Apenas logró controlar el gruñido que se formó en su interior al pensar en aquel maldito bastardo e, inconscientemente, se llevó una mano a la cicatriz que cortaba el lado izquierdo de su

rostro, justo sobre la ceja y el pómulo. Se suponía que había sido tan solo un accidente, pero él sabía la verdad. El hombre había querido borrar su parecido con su padre, de quien Ramsey sabía que era la viva estampa. A excepción de los ojos. Había heredado la mirada gris con destellos dorados de su madre, lo único que más de una vez lo había mantenido con vida.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando la puerta volvió a abrirse y una figura alta y delgada se adentró con lentitud. En aquel instante, un relámpago resplandeció en la habitación, inmediatamente seguido por un trueno, lo que sobresaltó a la joven, quien se llevó una mano al pecho, pero enseguida rio ante la situación.

—¿En serio creíste poder escapar de mí?

La joven se tensó, pero fue la única emoción que manifestó mientras se giraba ligeramente en dirección al recién llegado. Por el rictus de su boca y el ligero temblor de sus manos, Cam supo que estaba nerviosa aunque decidida a enfrentar al hombre.

—¿Crees que escondiéndote vas a evitar nuestra unión? Estás muy equivocada y te lo voy a demostrar ya mismo, pequeña zorra... —Pero apenas si dio unos pasos que ella se quitó la enorme peluca blanca y elevó el mentón en gesto desafiante.

—Tóqueme, milord, y la fiesta entera sabrá lo que quiso hacer.

—¿Y crees que alguien vendrá a rescatarte? Tú no eres nadie.

—Quizás, pero tengo amigos y gente a quien le importo lo suficiente como para no dejarme a solas con usted... —Fue la respuesta de la joven mientras retrocedía un paso en dirección a la ventana—. Además, no soy la joven a quien busca... ella está paseando por los jardines con su esposo.

Cam había visto muchas cosas en su vida, pero, incluso en la penumbra, no se le pasó por alto la expresión desencajada del rostro del hombre que, sin decir una sola palabra más, se volteó y abandonó la habitación tan rápido como había ingresado.

La escuchó suspirar, una clara señal de su alivio, y la vio acercarse de nuevo al ventanal, pero esa vez se detuvo al punto de casi quedar pegada a él.

—Sé que estás ahí.

Esa vez fue el turno de Cam de tensarse. No podía estar hablándole a él. Sus habilidades eran excepcionales, en especial para pasar sin ser detectado. ¿Cómo era posible que la joven supiera de su presencia en la enorme biblioteca? Frunció el ceño mientras la observaba con más detenimiento.

Cam aún aferraba, con su mano, el cuchillo que no habría dudado en lanzarle al hombre si aquel hubiese hecho ademán alguno por acercársele más de lo necesario. Estaba por guardarlo cuando la joven habló y, en ese instante, fue consciente de que lo sujetaba más por ofrecerse a sí mismo una ilusión de seguridad que por hallarse en verdadero peligro... O quizás sí lo estuviese. De ella. De fijarse en cosas en las cuales no debía, porque, en el instante en que ella se había quitado la peluca y sus cabellos ondulados habían quedado liberados, no había podido más que sentir cómo su cuerpo se olvidada de respirar. Era consciente de que ella no era una belleza clásica, pero el

brillo desafiante en su mirada, su calma ante el obvio peligro... la manera en que se paró ante alguien que pudo haberla dañado, y todo por ayudar a su amiga, lo habían cautivado. Y entonces se hallaba, una vez más, preso de ese hechizo, de cual más le valía liberarse rápido porque eran tan solo fantasías absurdas que había dejado hacía muchos años atrás.

—Gracias por velar por mí. —Fue apenas un susurro, pero él lo escuchó fuerte y claro. Sin embargo, tan solo emitió un gruñido bajo en respuesta. Definitivamente no estaba preparado para arriesgarse a hablarle. No obstante, ella no parecía tener el mismo problema, porque Cam la vio elevar una mano y apoyarla contra el frío vidrio.

—Meli es muy afortunada. Ojalá yo encontrase alguien que estuviese dispuesto a hacer todo eso por mí.

—¿No lo hay? —pronunció cada palabra con lentitud, pero no se le pasó por alto el estremecimiento que recorrió el cuerpo femenino en respuesta a su voz baja y grave. Debió suponer que ella reaccionaría igual que todas las mujeres al escucharlo hablar. Sin dudar y sabiendo que ella ya estaba a salvo, giró sobre sí mismo para marcharse, pero una pequeña mano en su antebrazo detuvo sus movimientos al instante, aunque Cam se rehusaba a mirarla. Era obvio que la penumbra en la habitación no permitía que ella lo viera bien porque, de lo contrario, ella jamás lo hubiese tocado.

Escuchó la exclamación ahogada mientras retiraba su mano. No era que él fuera a mencionar a alguien el supuesto *atrevimiento* de la joven.

—Soy la menor de tres hermanas, milord...

—Milord no... —No quiso decirlo con la brusquedad con la que lo hizo, pero, para su gusto, el título le recordaba demasiado a su abuelo.

—Señor...

—Ya deberías volver a la fiesta —la interrumpió. Ella no tenía nada que hacer de pie en medio de la sombras con él. Cam no era ningún joven desbordante de hormonas que esperaba para robarle un beso a su amada. Ya a sus treinta y cinco años estaba más que claro cuál era su camino y no incluía a una delicada dama de buena cuna.

—Prefiero no hacerlo... —Ella pareció interpretar su silencio como interés porque no tardó en continuar hablando. Estoy cansada de ser una de las *casi floreros*. Los amigos de Alexander bailan con nosotras, pero no es lo mismo...

—Que un pretendiente verdadero —murmuró atreviéndose a concluir la frase de la joven.

—Eso es lo que todas queremos al final del día... Amor verdadero.

Fue entonces que la luna se abrió paso, por unos instantes, entre las oscuras nubes e iluminó el rostro de la joven, lo que le otorgó una apariencia etérea, lo que nuevamente le robó el aliento.

—Aún puedes hallarlo —se las arregló para declarar mientras se esforzaba para que su corazón disminuyera sus alocados latidos.

—¿Y casarme con él?

—No lo sé —le respondió con sinceridad. Cam sabía que lo que hubo entre sus padres había

sido amor verdadero, pero asimismo el precio que pagaron había sido muy alto. Y su madre jamás imaginó que no iba a vivir lo suficiente para ver lo que le tocó sobrevivir a su único hijo. Sin embargo, las siguientes palabras de la joven lo apartaron de sus propias cavilaciones.

—¿Acaso eso siquiera existe? Me refiero a si cada persona tiene a alguien especial que espera para amarla.

—A una dama de tu belleza... sí. —Cam jamás creyó hallarse en esa situación... susurrándole a una joven de entre las sombras—. La luz que emanabas en una noche oscura es... Si un hombre no es capaz de verlo, entonces no te merece. —No supo qué lo impulsaba a mostrarse tan fuera de su carácter o quizás ella lo inspiraba a comportarse de esa manera. Sus grandes ojos color miel, su suave sonrisa y la inclinación tímida de su cabeza, que indicaba que anhelaba verlo pero que al mismo tiempo no se atrevía del todo a hacerlo. Quizás compartía el mismo temor que él... que todo fuese una ilusión, tan solo un instante robado al tiempo y que, en el cualquier momento, despertaría en su lecho, solo, para descubrir que su pequeño ángel no había sido nada más que un sueño.

—Mi señor...

—He sido atrevido...

—No. Estamos solos. Jamás le revelaría a nadie lo que aquí ocurra... entre nosotros.

Sus palabras al instante obtuvieron una reacción física de su parte. Su sangre se espesó y retrocedió un paso. Jamás la deshonraría de esa manera, pero no estaba acostumbrado a lidiar con damas de buena cuna. Más allá de sus orígenes, había hecho todo lo posible por no relacionarse con ese mundo al que su abuelo pertenecía, salvo que fuese absolutamente necesario, como en esa ocasión.

Sin embargo, Cam no contó con que la joven no era ninguna frágil palomita y, el instante en que las nubes volvieron a cubrir la luna, sumergiéndolo todo en una especie de penumbra, ella se giró en su dirección y, apenas rozando de nuevo la tela de su saco, se puso en puntas de pie y se levantó tanto como pudo mientras él se inclinaba creyendo que ella deseaba decirle algo. El instante en que sus cálidos labios femeninos rozaron la comisura de sus labios, él se paralizó... lo que le dio tiempo a ella para huir de la habitación.

Lord Cameron Ramsey Kerr, único heredero del vizcondado de Lohrien, acababa de ser completamente descolocado por una joven de poco más de un metro y medio. Y tan solo había sido apenas un roce a sus labios. Temía pensar lo que pudo haber ocurrido si las cosas entre ellos hubiesen llegado más lejos. Ese era un pensamiento demasiado peligroso para alguien en su situación.

Capítulo 2

A la mañana siguiente

Bianca rio junto con el resto de las jóvenes. Al principio había estado nerviosa de conocer a lady Saint Leger. Pero había resultado ser una joven sencilla a quien ostentar el título de vizcondesa le importaba muy poco. Excepto para reclutarlas a todas para el evento de caridad que iba a hacer próximamente. Según les había explicado, ella ayudaba a la gente de King's Cross y nuevas manos siempre eran bienvenidas.

Ella estaba segura, al igual que sus hermanas, de que su padre aceptaría hacer una generosa colaboración para la causa. Sin mencionar que eso les permitiría convivir con sus amigas fuera del ámbito de las constantes reuniones y celebraciones. No era que no las disfrutase, pero llegaba un punto donde se volvía agotador.

—Escuché que Merriweather te siguió hasta la biblioteca. ¿Te encuentras bien?

La obvia preocupación en la voz y la mirada de Meli le caldearon el alma. Bianca se consideraba afortunada de haber conocido al grupo de las *casi floreros*. Realmente había hecho que esos encuentros fuesen más tolerables mientras solidificaban su amistad.

En un primer momento, ella había creído que su amistad se acabaría una vez que alguna de ellas contrajera matrimonio, pero Cali dejó en claro que no iba a permitir que eso ocurriese.

—Ella estaba muy bien protegida —comentó como al pasar su hermana Birdie, y la joven no tardó en sentir cómo el rubor le invadía el rostro por completo.

Todas las jóvenes presentes la observaron con diferentes grados de curiosidad.

—Más vale que nos cuentes porque, si no, sabes que no te dejaremos tranquila —dijo Bea, su otra hermana, que la miraba expectante.

Luego de morderse el labio inferior por varios segundos, finalmente decidió relatarles a sus amigas lo ocurrido. Aunque hubo ciertos detalles, como el beso, que se reservó para sí misma. Para cuando concluyó su relato, todas la observaban con diversos grados de asombro.

—¡Qué emocionante! —declaró Cali abanicándose de manera exagerada mientras le guiñaba un ojo.

—Es imperativo descubrir quién es. —Gigi pareció muy concentrada, probablemente considerando quién podía ser de los conocidos de su esposo.

—Si madre se llega a enterar... —Ese comentario vino por parte de su hermana mayor Bea y,

de inmediato, Bianca la fulminó con la mirada.

—Mamá jamás se va a enterar de esto porque, si no, te juro que le voy contar qué es lo que realmente haces cuando vas a tomar el té a casa de tu nueva amiga... La danza de los siete velos, ¿te es familiar?

—No te atreverías...

—Pruébame. —La desafió abiertamente. Bien podía ser la menor, pero no iba a permitir que nada ni nadie le arruinase lo que fuera que había ocurrido con el misterioso desconocido—. Sabes que, si ella se entera, va a armar un escándalo y no quiero que él se vea obligado a casarse conmigo a la fuerza o, peor aún... que algún truhan se aproveche de la situación para quedarse con el dinero de papá.

—Vamos, Bibi. No tiene sentido ilusionarse con un completo extraño. Bien pudo haber sido una jugarreta.

—Ellos no se comportan de esa manera —la interrumpió Meli, obviamente ofendida—. Estoy segura de que Callan nos ayudará. No te preocupes.

—¿Estás segura? —Bianca no quería ser una molestia, pero tampoco quería ilusionarse cuando todo eso bien podía no llevar a nada.

—Más que segura, Bi. Déjalo todo en mis manos. Es más, voy a ir a hablar con él ahora mismo. —Sin decirles nada más, se alejó a vivo paso en dirección al interior de la mansión donde todas sabían que los caballeros se habían reunido en la biblioteca para conversar lejos de oídos curiosos.

—Si alguien puede descubrir de quién se trata, ese es Callan —la reconfortó Cali con sus palabras mientras se sentaba a su lado y la envolvió con un brazo en torno a los hombros—. Estaba pensando... ¿y si le dejas una nota en la biblioteca?

—¿No queda muy desesperada? Además, ¿por qué el habría de volver ahí si ya no tiene razón alguna para ello? —Esa vez fue su hermana Birdie la que habló y, al oír sus palabras, el ánimo de Bianca decayó porque sabía que ella tenía razón. No era que le había prometido algo. Apenas habían sido unas pocas palabras susurradas en medio de las penumbras.

Cabizbaja, fijó la mirada en su regazo.

—No la escuches. Como mucho, él no recibirá el mensaje y la situación no pasará a mayores —declaró Cali como quien no quiere la cosa, pero Bi sabía que debía de estar fulminando con la mirada a sus hermanas—. Pero, aunque sea, piénsalo. ¿Sí?

Aún no muy segura de qué hacer, asintió con lentitud.

Cameron enarcó una ceja cuando vio a Hiroichi escabullirse en el interior de sus aposentos en medio de la noche, pero fue lo único que indicaba que ya no se hallaba dormido. Confiaba en el samurái, pero no lograba pensar en alguna razón que fuese tan importante como para justificar sus

acciones. Luego de varios instantes en el más absoluto silencio, el recién llegado habló.

—Sé que estás despierto, Kerr-san. Tu respiración ha cambiado —lo dijo como si percibir algo como eso, fuese de lo más común y corriente.

Sabiendo que no se marcharía hasta que concluyese con éxito cual fuese su misión, Cam se levantó y encendió una lámpara de aceite. Sin embargo, en el instante en que vio el trozo de papel en la mano del samurái, sintió que se olvidaba de respirar. Sabía lo que era, pero él mismo había dejado en claro que no le interesaba permitirse sostener cualquier clase de relación con la joven de la noche anterior, pues era tan solo un desastre esperando a ocurrir. Él no podía permitirse el interesarse por alguien, no porque no lo deseara, sino porque, tarde o temprano, su abuelo lo descubriría y eso la pondría en peligro.

Susurros en la noche...

Eso es lo que recuerdo de ti cuando cierro los ojos y pienso en lo ocurrido. La tormenta ocultó tu rostro, pero jamás olvidaré tus palabras. Las conservo en mi corazón hasta que volvamos a vernos.

B.

Cameron observó a Hiroichi con el rostro desencajado. Ni siquiera intentó detenerlo cuando este se escabulló para irse de la misma manera en la que había entrado... en el más absoluto silencio. Tan aturdido estaba con las palabras de la joven que se dejó caer de nuevo sobre la cama mientras su mirada se focalizada en el trozo de papel que había quedado apoyado sobre la mesa en la que había desayunado esa misma mañana, ajeno a las sorpresas que la noche le depararía.

Sabía lo que debía hacer. Si algo le ocurría, jamás se lo perdonaría y, sin embargo, su cuerpo parecía negarse a cooperar, porque no logró pararse hasta que su mente no hubo ideado un claro plan de acción.

Releyó varias veces la nota porque aún se resistía a creer lo que ella le había escrito, pero sus ojos no mentían. Y las dudas lo carcomieron. Sabía que no era un digno pretendiente, en especial, porque ella era una dama y necesitaba un caballero que estuviese a su altura... y ese no era él.

Con pesar en el alma, tomó una pluma y papel, y comenzó a escribir.

Capítulo 3

Lo ocurrido aquella noche fue un mero producto de las circunstancias y que jamás volverá a repetirse, mi dama. Pero lo atesoraré por siempre como el más dulce de mis recuerdos.

C.

Mientras se paseaba por la seguridad de sus aposentos, Bianca releyó la nota que Meli le entregó instantes antes de que ella se marchase de regreso a Londres. Pese al tono de finalidad en la primera oración, la segunda no indicaba que esos fueran realmente los sentimientos de su misterioso protector.

Se mordió el labio inferior mientras sopesaba cuáles eran sus opciones. Podía olvidarlo todo y permitir que sus padres le eligieran el pretendiente que ellos consideraban más apropiado de los pocos que habían expresado interés en ella... O bien, podía insistir en llegar hasta el final de la temporada y, mientras tanto, ganaba tiempo para descubrir quién era él.

Por unos instantes, se encontró observando su propio reflejo en su tocador y sus bucles le dieron una idea. Antes de arrepentirse, buscó una pequeña tijera de mano y se cortó uno de los mismos a la altura de la nuca, donde nadie notaría su ausencia, y lo ató con una cinta de raso color celeste pálido, el mismo tono del color del vestido que usó aquella noche. Con la misma premura, escribió una breve misiva. Si se detenía a sopesar la situación con demasiado detenimiento, sabía que corría el riesgo de acobardarse.

—¿Bi? —La voz de su hermana Bea la apremio aún más—. Meli nos invitó a tomar el té con ella. ¿Deseas venir?

Sabiendo que esa era una oportunidad perfecta para entregarle el nuevo mensaje, se apresuró a calzarse para seguir a sus hermanas escaleras abajo. Quizás, con algo de suerte, Meli le diría que Callan había logrado averiguar algo sobre quién era el hombre de la biblioteca.

Cuando finalmente regresaron a la casa, luego de la visita a la modista, lo que Bianca menos esperó hallar fue un delicado ramo de *No me olvides* en la mesa junto a su ventana. Se imaginaba cómo habían llegado ahí, aunque jamás se lo diría a su madre porque, de seguro, exigiría la cabeza del samurái en una bandeja de plata.

—No sé por qué prefieres ese desabrido ramo de flores cuando tu padre puede encargarte un bellissimo arreglo —comentó la aludida desde la puerta, pero la joven la ignoró mientras inhalaba el fragante aroma. Aun así, esperó hasta que su madre se retiró para acercarse a su cómoda de la que sacó su copia de *Jane Eyre* y, luego de elegir cuidadosamente algunas de las flores, las colocó en el interior del mismo para que se pensaran. El resto las colocó en un pequeño florero que acomodó estratégicamente sobre la base de la ventana para que cualquiera que pasase por la vereda pudiera verlo. Si su misterioso protector estaba observándola, deseaba que supiera que atesoraba su obsequio.

—No sé por qué insistes con esta ridiculez, hermanita. Tienes suerte de que mamá aún no sepa nada sobre tu *pretendiente* —dijo. Pero ella, observando a su hermana mayor de reojo, decidió ignorar sus palabras. No comprendía por qué el tema parecía irritarla tanto cuando ella tenía a diferentes caballeros que danzaban con ella en cada evento—. Antes de que lo olvide..., papá viajó para pasar unos días con nosotras y reunirse con algunos caballeros.

—¿No se va a quedar hasta el final de la temporada?

—No. Ya sabes cómo es con todo lo relacionado con la empresa familiar. Piensa que si no está, va a quedar descuidada y pronto estaremos en la bancarrota.

—Mentira. —Birdie entró a la habitación y se sentó sobre la cama antes de continuar hablando—. Saben que el problema de papá es con los nobles. Considera que todos son unos *encopetados, remilgados y afeminados que jamás han movido un dedo en su vida y que no saben lo que es ganarse el sustento con el sudor de sus frentes* —recitó la joven de memoria.

—Cierto. Pero, como nos adora y quiere darle el gusto a mamá..., aquí estamos: buscando casarnos con alguno de ellos.

Por eso lo último que esperó Bianca cuando su padre solicitó su presencia en la biblioteca, tan pronto terminaron de desayunar, fueron las palabras que salieron de su boca:

—Bi, eres la más pequeña de mis hijas y te conozco. —Confundida, lo observó en silencio y no se rehusó a sentarse a su lado, en el sillón de tres cuerpos, cuando él la guio hacia este—. Si te parece que lo has encontrado... si hace latir tu corazón, ve tras él. Atrápalo con ambas manos y aférrate con todas tus fuerzas, porque algo como eso ocurre una sola vez en la vida.

—¿Así... así fue con mamá?

—Sí.

—Luego de que yo lo llamase *majadero atrevido* por haberme halagado a los gritos mientras me seguía a lo largo de varias cuadras —acotó la madre al ingresar a la habitación.

—Y míranos ahora, mi amor —le respondió el hombre con orgullo.

—Sí, la dicha conyugal. —Pese a lo seco de su tono, se inclinó y besó a su marido en la mejilla con afecto—. Deja de meterle ideas raras en la cabeza a Bianca. Queremos conseguirle un título nobiliario.

—Sí, querida, por supuesto. —Pero le guiñó un ojo a su hija.

—Y ahora, Bi, apresúrate, que tienes que prepararte para un té en la casa de lady Courtenay. No

sé qué obsesión tiene esa mujer con sus jardines, pero parece que logró convencer a su marido de que los paisajistas se inspiraran en *Las mil y una noches*, los jardines de babilonia o algo de estilo... oriental.

Sabiendo que la presencia de su padre aplacaría a su madre, la joven se apresuró a obedecer mientras, en todo momento, se preguntaba si su misterioso protector se encontraría entre los invitados..., aunque ella sospechaba que no era de sangre noble, lo que complicaba más su situación. No era que a ella le importase su estatus social, pero dificultaría que pudiera descubrir su identidad.

Capítulo 4

Cameron observó a los invitados, algunos de los cuales se acercaban para saludar a lady Amelia, quien, en ausencia de su esposo, había quedado a su cargo. Aunque se le había exigido la más alta discreción, lo que incluía la silenciosa presencia de Hiroichi, odiaba tener que hallarse ahí. Esos eventos sociales eran tan solo un constante recuerdo de aquello de lo que había querido huir desde el instante en que su abuelo volvió a su vida.

El recuerdo del anciano le hizo cerrar el puño con fuerza a los lados de su cuerpo. El maldito bastardo era la razón de su actual forma de ser. Había pasado de ser un niño alegre y sin preocupaciones a un adulto con solo oscuridad en el alma.

No se le pasó por alto que él no fuera el único en esa situación cuando el nuevo lord De Warenne hizo aparición. Los fantasmas en su mirada, tan similares a los suyos, le hicieron preguntarse cuál sería su historia. Solo que en aquel desconocido parecían ya haberle envenenado el alma por completo, lo que le hizo cuestionarse si ese también sería su destino ineludible si no lograba librarse, de una buena vez, de los grilletes que lo unían al anciano vizconde de Lohrien.

Tan focalizado estaba en sus pensamientos que no se percató de la llegada de lady Desdémona, así como tampoco de las hermanas Callahan, hasta que una visión en vibrante amarillo lo abstraigo de los mismos y se encontró con toda su atención focalizada en Bianca.

Como el primer rayo de sol que se abre paso en medio de la tormenta, ella enseguida eclipsó las sombras que amenazaban con devorarlo y llevarlo a sus recuerdos más oscuros.

Con el cabello recogido, se podía apreciar la delicada línea de su cuello... y el relicario que llevaba colgado en torno al mismo. Cam frunció el ceño ante ese descubrimiento, en especial, cuando la vio elevar una de sus manos para rozar el objeto como si fuese su más preciada posesión. ¿Acaso guardaba en su interior la imagen de un pretendiente?

Cam sintió que le hervía la sangre ante la idea de que algún otro hombre posara su mirada en Bianca. La inesperada emoción lo tomó por sorpresa. Él nunca había sido la clase de hombre que se sintiera posesivo hacia una dama en particular y, no obstante, así era. Porque entonces observaba a cada uno de los caballeros a su alrededor para ver si alguno le prestaba más atención que los otros. Sin embargo, el notar que no era así hizo poco por calmar sus alteradas emociones. El caballero podía no estar presente. Y eso implicaba que el mismo podía no pertenecer al mismo estrato social que ella. Entonces, ¿de quién se trataba? Decidido a llegar al fondo de la cuestión,

se aseguró de hallarse siempre lo suficientemente cerca como para no perderla de vista.

Bianca se sintió observada apenas entró. En un principio, creyó que era la intriga usual por parte del resto de las jóvenes en edad casadera que siempre analizaban, de pies a cabeza, a sus competidoras, pero pronto supo que no era así.

Esa mirada sobre ella era diferente y, aunque le costó, finalmente logró hallar el origen de la misma... que resultó ser un alto y apuesto desconocido de cabellos azabaches, que le llegaban hasta los hombros, y la cicatriz en su rostro no lograba desviar la atención de lo apuesto que era. Por el contrario, le daba un aire terrenal a su apariencia de ángel caído. Bibi estaba segura de que así debió de verse Lucifer cuando se presentó a Eva en el jardín del Edén, y no como una serpiente.

Pero al instante se reprochó a sí misma sus pensamientos. Ella solo estaba interesada en su misterioso protector y no tenía nada que hacer al fijarse en otro caballero que no fuese aquel. Incluso, poco antes de salir de su casa, le había escrito una nueva misiva, pero aún no se había atrevido a entregársela a Meli.

Sin embargo, su mirada regresaba, una y otra vez, a él. Ella estaba segura de que él no era del todo indiferente a ella porque, más de una vez, sus miradas se habían cruzado, pero enseguida las facciones de él se endurecían y desviaba la vista en otra dirección. Bibi estaba segura de que no se conocían, así que nada explicaba por qué parecía estar disgustado con ella.

—¿Quién es ese?

—¿Qué le hiciste?

Incapaz de responder a las preguntas de sus hermanas, simplemente se encogió de hombros. No tenía ni idea de cuál era su problema, pero sí sabía que, si él volvía a mirarla de mal modo, no dudaría en acercarse a donde se hallaba para increparlo. Ella no era ninguna frágil florecilla dispuesta a marchitarse ante una dura mirada masculina.

Finalmente tuvo su oportunidad cuando Meli les insistió para ir a recorrer los tan mencionados jardines. La realidad era que todas sentían curiosidad por ver qué consideraban un estilo árabe los paisajistas ingleses. Y no se vieron decepcionadas.

El clásico jardín inglés había sufrido un cambio absoluto. Arcadas rodeaban la cara que daba a la mansión y había bancos acomodados a lo largo de caminos de pavimentos, que todos guiaban a una bellísima fuente central, pero después se internaba en diferentes direcciones, hacia destinos ocultos por frondosas plantas.

Bibi estaba segura de que debía de haber más fuentes y estanques en diferentes partes del paisaje. Le recordaba a dibujos que había visto de personas que habían viajado a Oriente. Todo se veía tan magnífico. Estaba segura de que de noche sería aún más maravilloso, pues, con las lámparas encendidas, el lugar entero emitiría el aura de *Las mil y una noches*. No era que ella iba

a mencionarlo en voz alta porque su madre la encerraría de por vida si descubría que ella había leído un libro como ese.

Fascinada, no fue consciente de que se había ido alejando de sus acompañantes hasta que se giró para mencionarles el grupo de grullas que acababa de ver y que se hallaba de pie, a la distancia, en un pequeño estanque obviamente artificial. Y descubrió que se encontraba sola. Sorprendida, agudizó el oído, pero no escuchó a nadie en las cercanías. Aunque sabía que su madre tendría varias cosas para objetar al respecto, decidió aprovechar la situación y se acomodó sobre uno de los bancos y se quitó el engorroso sombrero que se había visto forzada a colocarse para que el sol no le quemara la piel. No era que a ella le importaba terminar con una nariz roja como un tomate, pero sabía que eso derivaría en un discurso maternal e inservible sobre lo que era apropiado o no para la perfecta dama inglesa. Y la realidad era que hubiese sido una rebelión absurda de su parte. Ya bastantes traspiés parecían ocurrirles a sus hermanas mayores.

Cerró los ojos e inclinó ligeramente la cabeza para atrás. Aunque fuese por unos instantes, deseaba disfrutar del calor del sol en su rostro y de la suave brisa que aliviaba un poco el calor que el sombrero le había producido.

—Buenas tardes... —La voz masculina irrumpió en su pequeño momento de descanso lejos de miradas cargadas de censura que la hubieran hecho caer de bruces para impresionar a quien fuese el recién llegado.

Bibi tan solo se limitó a entreabrir un ojo y se encontró observando a un desconocido que la miraba con demasiado interés, lo que, de inmediato, la alertó para que se alejase de su acompañante, aunque quizás no fuera la decisión más acertada. Esperó unos instantes, pero cuando este no volvió a hablarle, decidió que lo mejor era ignorarlo, incluso cuando este se sentó a su lado, pero a una distancia respetable, lo que acalló cualquier posible reproche que pudiera surgirle.

—Odio estos eventos repletos de nobles encopetados que se limitan a mirar a todos y a todo por arriba de sus refinadas narices —repentinamente el hombre comentó, y Bibi no pudo más que estallar en carcajadas ante la muy visual imagen que sus palabras le produjeron.

Eso al fin atrajo su atención, lo que hizo que se enderezara en el asiento para observarlo con curiosidad. Su acento delataba que no era americano, aunque tampoco era británico. Estuvo tentada de preguntarle al respecto pero finalmente, al recordar cómo sus hermanas se burlaban de ella por ser incapaz de mantener la boca cerrada, lo que hacía que sus pretendientes huyeran despavoridos, se limitó a mirarlo con curiosidad.

—¿Le puedo contar un secreto, señorita Callahan?

—Esa sería Beatriz, yo soy solamente Bianca, señor...

—Mil disculpas, señorita Bianca. —Aunque le llamó la atención que él no ofreciera información personal alguna, Bibi sentía demasiada curiosidad como para detenerse en esos detalles—. Yo, en realidad, no debería estar aquí.

—¿Por qué no?

—Porque la mayoría de los invitados no vería mi presencia con buenos ojos.

—Usted y yo, señor —le respondió con sinceridad la joven encogiéndose de hombros ante la incredulidad en el rostro masculino... Un apuesto rostro, de piel dorada y chispeante mirada, cuyos ojos de diferente color solo acentuaban el secreto que parecía ocultar.

—Dudo mucho de que objeten su compañía o, de lo contrario, no estaría aquí disfrutando de los jardines de lady Courtenay. Sé que la dama es bastante quisquillosa respecto a quien permite que ingrese a los mismos.

—Eso es solo por el dinero de mi padre, señor. Se sorprendería lo rápido que algunas puertas se abren con el incentivo adecuado —le respondió con toda sinceridad, y, por unos instantes, Bibi temió haber hablado de más, pero la risa masculina calmó sus temores.

—Debo decir que usted es un cambio más que bienvenido respecto al resto de las debutantes.

—Gracias..., creo. —La joven no estaba muy segura de cómo tomar aquellas palabras.

—Acéptelo como un cumplido, señorita Bianca. —Su sonrisa sincera de blancos dientes le inspiró confianza y pronto se encontró sonriéndole como si de viejos conocidos se hubieran tratado.

Ajena al tiempo transcurrido, Bibi se halló agradecida por ese inesperado encuentro y, entre risas, no se percató de los pasos que se acercaban hasta que una sombra se cernió sobre ellos.

Capítulo 5

Cameron podía sentir cómo la sangre le hervía mientras sus manos se convertían en puños a los lados de su cuerpo. Cuando primero perdió de vista a Bianca, creyó que se encontraría acompañada de alguna de sus hermanas o de las *casi floreros*, pero, a medida que fue transcurriendo el tiempo y Meli circulaba por los diferentes recovecos del exótico jardín, descubrió que no era así. Su mente, al instante, conjuró todo tipo de posibles escenarios, uno más escabroso que el siguiente, hasta que sintió que le costaba respirar. Lo último que esperó fue hallarla riendo entretenida con un completo desconocido. Uno del que sospechaba que no era uno de los invitados habituales de lady Courtenay.

En un primer momento, cuando se acercó, aún bajo la sombra de una de las arcadas, creyó que no podría contenerse al ver al hombre acomodarle un mechón de cabello que se le había soltado del alto peinado... hasta que ella elevó la mirada y lo vio. Todo en él se paralizó porque la manera en que Bibi lo observaba no era de sorpresa o miedo, sino que de reconocimiento... ¿Acaso ella había descubierto que él era el misterioso desconocido de la biblioteca? Pero, aunque racionalmente sabía que eso no era posible, podía sentir que la lengua se le pegaba al paladar y ningún sonido lograba abrirse paso.

Frustrado, se cruzó de brazos y mantuvo el rostro impávido mientras con lentitud se movía hacia la luz hasta que ella logró discernir sus facciones. Todo su lenguaje corporal cambió y sus hombros se encovaron ligeramente, lo que expresó la inesperada decepción que la invadió. Y Cam lo odió. Quería ver sus ojos brillar de la misma manera en que lo habían hecho aquella noche. Anhelaba volver a sentir sus labios rozar los suyos..., pero sabía que eso jamás sería posible. Solo había una manera de que eso ocurriera y él se rehusaba siquiera a considerar esa opción.

—Lady Amelia la busca. —Sus palabras fueron precisas y al punto. Agradecía que su habla hubiese vuelto sin rastros del tartamudeo que lo invadía cuando las emociones lo alteraban.

—Oh... Debe estar preocupada por mí. —Sin dudar de lo que él le había dicho, se apresuró a colocarse el sombrero de nuevo en la cabeza mientras se levantaba del banco de piedra—. Muchas gracias por una tarde tan entretenida, señor...

—El placer fue todo mío, señorita Bianca. Espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. —Dicho lo cual, el desconocido se marchó en dirección al lado sur de la propiedad, que Cam sabía que colindaba con unos frondosos bosques.

—Muchas gracias por venir a buscarme, lord...

—Milord no...

—Se... —dijo, pero prefirió callar. Ligeramente inclinó el rostro, y, con el ceño fruncido, lo observó con detenimiento.

Algo brilló en los ojos de ella, pero fue tan rápido que estaba seguro de que lo había imaginado.

Sin embargo, cuando Bianca se adelantó y se detuvo hasta casi quedar pegada a su cuerpo, la dulce fragancia frutal embotó los sentidos de Cam y tan solo pudo inhalar hondo mientras le sonreía con timidez.

—Ignoro cómo llegué hasta aquí —le susurró Bibi claramente avergonzada—. Vi las garzas a la distancia y después no sé qué camino seguí.

Cam tragó con dificultad, pero asintió, lo que le indicó que comprendía, y finalmente le ofreció su brazo. Cuando se lo aferró, la confianza brillaba en su mirada y se sintió capaz de vencer a cualquier enemigo en su camino... y ese era un pensamiento peligroso. Desde la infancia, había aprendido que para sobrevivir debía ser astuto, pero también desapegado y, sin embargo, desde que había conocido a Bibi, parecía que lo único que hacía era sentir.

Precisamente por eso debía alejarse de ella cuanto antes. La señorita Bianca Callahan estaba demostrando ser una distracción que no necesitaba en su vida. No cuando al fin había comenzado a tomar las acciones necesarias para alejarse de la nefasta herencia que su abuelo pretendía imponerle. Si el maldito anciano siquiera llegaba a sospechar lo que la joven le hacía sentir, se aseguraría de hacer todo lo posible para manipularla a su favor... sin importar lo que le costase. Y eso era algo que él no estaba dispuesto a permitir.

Y esa fue la razón por la cual, tan pronto lady Amelia los saludó, él retiró la mano de Bibi de su brazo. Y, sin siquiera hacer una educada reverencia, como se esperaba de un caballero, se dio la vuelta y se marchó en la misma dirección por la que habían venido. Bien podía utilizar su tiempo para averiguar quién era el desconocido que tanto interés había demostrado tener hacia la joven.

En otras circunstancias, Bianca se hubiese sentido ofendida ante la conducta del hombre, pero su sola presencia le había hecho sentir cosas que, hasta el momento, solo su misterioso protector le había producido.

Su estatura y contextura le habían recordado mucho a él, lo que era absurdo porque había concluido que su protector no podía ser un noble. ¿O acaso se había equivocado?

Capítulo 6

*R*esidencia de Ciaran Ruah

Unos días más tarde

C.:

Tus cartas alegran mis mañanas, así como espero que las mías alegren tus tardes.

Tuya,

B.

Cameron, sentado, releyó una vez más la nota, pero se apresuró a guardarla tan pronto Ciaran ingresó al despacho. Le había enviado una crítica misiva la noche anterior en la que le solicitaba que se vieran al día siguiente a primera hora y, por el tono de la misma, sabía que era algo de importancia. Si no, el hombre rara vez se relacionaba con cualquier miembro de la Hermandad fuera del ámbito de tener alguna misión para proteger a la Corona. Y aunque él había escuchado rumores recientes que indicaban que eso bien podía cambiar, su posición no le permitía preguntar al respecto, en especial, porque, cuando Ciaran lo reclutó, este siempre supo respetar el terco silencio que Cam impuso desde un primer momento en todo lo que se relacionase con su abuelo, el vizconde de Lohrien. Así que no podía menos que ofrecerle la misma cortesía.

—Estás al tanto de las circunstancias en torno al sorpresivo matrimonio de Saint Leger.

Cam tan solo asintió. Nunca había sido de esos hombres que se dejaban llevar por rumores, pero era consciente de lo útil que los mismos podían llegar a ser dado que, sin importar qué tan descabellados fueran, siempre tenían una base real... Y esa era la clase de información que les era útil.

—Él me contactó por una... inquietud... que le surgió respecto a cierto hombre que le ayudó a rescatar a su esposa cuando la secuestraron —prosiguió Ciaran mientras rebuscaba entre las hojas que había sobre su escritorio—. Al comienzo ninguno de nosotros le dio importancia, pero, debido a ciertos acontecimientos que se han suscitado, se ha vuelto imperativo descubrir la verdad.

El momento en que el hombre le mostró el dibujo en carbonilla, Cam se levantó de un salto. Reconoció el rostro al instante... Lo había visto con perfecta claridad el día anterior mientras el dueño del mismo conversaba con Bibi.

—Veo que lo conoces. —Ciaran enarcó una ceja a la espera de una explicación, pero, cuando

solo se encontró con un absoluto silencio a modo de respuesta, se pasó una mano por el rostro.

Fue entonces que Cam notó lo agotado que su interlocutor se veía.

—Sé que no es asunto mío, y durante todos estos años respeté tu silencio, pero te aseguro que hay promesas que no valen la pena ser cumplidas. En mi caso, me costaron lo único que amaba.

—Selene...

Ciaran asintió.

—No cometas el mismo error que yo cometí. Ella jamás va a perdonarme, y debo vivir con ello cada día. Pero tú, Cameron, aún estás a tiempo.

Por primera vez en años, se sintió inseguro respecto a cómo actuar. Sabía que él le estaba hablando de Bianca, pero no comprendía por qué creía que lo que había entre ellos podía llegar a ser amor si apenas se conocían. Todas esas boberías de ver a una persona a los ojos y saber que era la indicada pertenecían a cuentos de hadas para jóvenes inocentes y no para hombres como ellos, cuyas niñeces habían sido sepultadas por la cruel realidad de la vida.

—Yo no...

Pero Ciaran elevó una mano, lo que le impidió hablar.

—La única razón por la cual puedo verla es porque Cali insiste en incluirme en todo evento familiar habido y por haber. El hecho de que Alexander la complace en todo le facilita las cosas —finalmente admitió en un tono de absoluto cansancio.

A lo largo de los años, era la primera vez que veía al hombre bajo esa luz, la de un ser de carne y hueso capaz de sufrir como cualquiera de ellos. Consciente de que le estaba permitiendo ver su vulnerabilidad, Cam se levantó del asiento en silencio y se marchó. Tenía una misión y mucho en lo que pensar. Sin embargo, apenas llegó a su hogar, lo primero que hizo fue escribirle una breve misiva a Bibi para enviársela junto a un pequeño ramo de *No me olvides*.

Capítulo 7

*R*esidencia Callahan

B.:

Incluso si no puedo estar contigo, necesito que sepas que eres una presencia constante en mis pensamientos.

C.

Bibi sintió que las mejillas le iban a estallar mientras daba pequeños saltos en el interior de su habitación. Incapaz de dejar de sonreír, se dejó caer sobre la cama, con la nota aún aferrada contra su pecho junto al pequeño ramo de delicadas florcitas celestes. En ningún momento, se le pasó por alto el gesto reprobatorio en los rostros de las hermanas. Desde que habían escuchado lo ocurrido a Effie Grey a manos de un truhan cualquiera, parecía que ambas habían decidido simplemente etiquetar a su misterioso pretendiente de ser de la misma clase de persona..., pero ellas estaban equivocadas. La joven estaba segura de ello.

Sin embargo, cuando su madre ingresó a la habitación, supo que no iba a ser tan sencillo como ella creía. El rictus tenso de la boca de la mujer declaraba a gritos exactamente cuál era su postura en el asunto en cuestión.

—Sé lo que papá te dijo, cariño, pero debes entender que lo que pasó entre nosotros no es lo usual. Tu padre tuvo que luchar mucho para ganar la aprobación de mi familia.

—Mamá...

—Te amo, Bibi, y solo quiero tu felicidad..., pero un pretendiente misterioso, por más romántico que parezca, no es algo real.

—¿Y qué sería algo real, madre? ¿Conformarse con un hombre elegido por ustedes y de acuerdo a los títulos que posee? ¿Un hombre que tan solo le interesa lo que esta familia puede ofrecerle para elevar su estatus? Quiero algo más que eso, mamá —declaró apasionada mientras se sentaba sobre su cama, aún aferrada al delicado ramillete.

—Ay, hija...

—No me obligues a conformarme, mamá. Por favor.

—Bibi...

—Mamá...

—Un mes, Bianca. Pero si para entonces él no reveló su identidad, entonces aceptarás nuestra

decisión.

Bibi sabía que era una oportunidad única y estaba decidida a aprovecharla. Aunque una parte de sí estaba preocupada respecto a qué iba a ocurrir si él jamás revelaba quién era en realidad.

Capítulo 8

C.:

Ojalá pudiera verte y hablarte. El tiempo es breve. Solo espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse antes de que concluya el mes.

B.

Cam frunció el ceño ante esas últimas palabras. No solo lo preocupaban, sino que le habían producido una opresión en el pecho del todo desconocida para él. Sin tener muy en claro sus próximos pasos, se encontró rastreándola hasta el día de campo que se había organizado a las afueras de la ciudad en el hogar de lady Cavendish. La dama disfrutaba de abrir las puertas de su propiedad a grandes cantidades de invitados.

Sin embargo, cuando llegó, lo último que esperó fue hallar a Bibi recorriendo el lago en un bote acompañada de un caballero y otra joven. Aunque no estaba seguro de a quién pretendía aquel hombre, no le agradaba en lo más mínimo lo que veía. En especial porque no tardó en percatarse del interés que demostraba hacia Bianca en particular.

Consciente de que no había mucho que pudiera hacer sin quedar en evidencia, decidió quedarse a velar por ella. Tal como en la biblioteca, se volvería su sombra y se aseguraría de que ella estuviera sana y salva en todo momento.

Y al igual que lo había hecho siempre, guardaría silencio e ignoraría los celos que lo carcomían porque, en el fondo, anhelaba ser un joven despreocupado para poder cortejarla abiertamente.

Bibi cerró los ojos unos instantes y disfrutó de la suave brisa que soplaba en su rostro mientras el bote se desplazaba por el lago. De haberse hallado solo en compañía de Jasper, heredero de lord Cavendish, no se hubiese atrevido a bajar la guardia de esa manera. Pero, acompañada por lady Ángela, se sentía confiada de que nada ocurriría.

No era que el joven lord no fuese apuesto, porque lo era, pero simplemente no había logrado atraer su atención como su misterioso pretendiente o como cierto caballero presente en el último evento.

Eso la hizo fruncir el ceño y abrió los ojos. Y se encontró con la mirada de la joven sentada a

su lado, llena de curiosidad. Sin querer compartir sus pensamientos, Bibi le sonrió.

—Me encantan tus cintas de colores —le dijo al fin, y vio cómo Ángela se sonrojaba.

Se habían conocido por casualidad cuando Bibi la vio de pie, un poco apartada del grupo general, y eso le llamó la atención. Cuando se acercó a hablarle y descubrió que la joven tan solo hacía gestos, pero no pronunciaba palabra alguna, decidió quedarse a su lado para intentar ser su amiga. Al fin y al cabo, todos tenían sus razones para comportarse de tal o cual manera.

Cuando lord Jasper la invitó a pasear mientras ambas caminaban en amigable silencio por la orilla del lago, decidió llevar a su nueva amiga consigo. Porque, aunque el caballero le había parecido simpático, prefirió no dar pie a malos entendidos, puesto que hubiera dado a entender que aceptaba estar a solas con él. Y, a pesar de que no era mucho lo que podía ocurrir en el pequeño bote a la vista de cualquiera que estuviera en las inmediaciones, el tener a Ángela consigo la hacía sentirse más segura.

El ligero tirón en su falda la distrajo de sus pensamientos y, ante sus ojos, apareció un precioso listón blanco con bordes dorados. Sorprendida, notó que la joven la había retirado de en torno a una de sus muñecas y se la estaba ofreciendo. Bibi sonrió mientras lo aceptaba y se apresuró a obsequiarle a cambio uno de sus brazaletes favoritos que estaba formado por pequeñas hojas metálicas unidas entre sí. Ángela la observó sorprendida, pero aceptó feliz el pequeño obsequio y se apresuró a colocárselo.

—Espero que me permitan escoltarlas a la mesa de bocadillos que mi madre organizó para nuestros invitados, damas.

Bibi, al instante, aceptó. El joven lord podía no poseer el encanto de su misterioso pretendiente, pero bien podía considerar darle una oportunidad. Al fin y al cabo, era amable y educado, eso sin mencionar que sus hermanas no habían dejado de darle miradas aprobatorias cada vez que se cruzaban, incluso cuando él se había acercado a hablarle en un primer momento.

Una vez en el muelle, y luego de ayudarlas a descender a ambas del bote, Bibi enlazó uno de sus brazos con el de Ángela y, con Jasper a su lado, los tres fueron caminando en amigable compañía mientras el caballero, cada tanto, les señalaba algún detalle del terreno o mencionaba algo sobre alguno de los invitados.

No tardó en hallarse al resguardo de unas pérgolas especialmente armadas para la ocasión y, mientras el joven les relataba algunas de sus travesuras de la infancia, muy lento Ángela fue tensándose a su lado.

En un principio, Bibi creyó que las palabras del muchacho la habían ofendido, pero fue entonces que vio al hombre que se les iba acercando sin desviar jamás la mirada de la callada joven. Jasper percibió el cambio en ambas y, para el momento en que el hombre se halló frente ellos, él interpuso su cuerpo.

—Lord Jasper, disculpe las molestias, pero lady Ángela está a mi cargo hasta que su tutor regrese —explicó el hombre con rapidez mientras realizaba una reverencia.

A Bibi no le agradó ni le inspiró confianza. Algo en la manera en que miraba a la callada joven

le ponía los pelos de punta y Jasper pareció percibir lo mismo porque, de inmediato, le exigió explicaciones mientras Bibi intentaba alejar a su nueva amiga de la situación. Sin embargo, no llegaron lejos que Ángela comenzó a gesticular, con lo que dio a entender que las palabras del hombre eran verdad.

—Soy el secretario de lord Wynter. Él se preocupa por su pupila y me pidió que me asegurara de que ella esté a salvo en las pocas reuniones a las que se anime a asistir —insistió el hombre, aunque a este no se le pasó por alto la obvia desconfianza en el rostro de Bianca.

—Me gustaría que nos juntásemos a tomar el té, Angie. ¿Te parece? A madre le va a encantar conocerte y, si es en los próximos días, también vas a conocer a papá —declaró la joven, con lo que desafió al hombre a que rechazara la invitación.

Podían no ser de la nobleza, pero tenían la suficiente cantidad de dinero como para que la sociedad, en general, lo pensara dos veces antes de rechazarlos. Y si tenía que jugar esa carta para salirse con la suya para así poder volver a ver a su nueva amiga, lo haría.

—Ella va a estar encantada. Nos hospedamos en Norwood Hall si desea contactarla. —Luego, sin volver a mirar a atrás y apoyando la mano de Ángela sobre su brazo, la alejó de ellos.

Instantes después, Bibi se despidió de Jasper, tenía mucho que contarle a su misterioso pretendiente y, aunque ignoraba su identidad, quizás dado a que obviamente era alguien que manejaba información confidencial, podría decirle quién era el tal lord Wynter, del que estaba segura de que jamás había oído hablar.

Si él no podía ayudarla, estaba decidida a recurrir a lord Douglas que parecía tener los contactos necesarios como para dilucidar el misterio.

Capítulo 9

*R*esidencia Saint Leger

C.:

¿Acaso mi misterioso protector tiene un rostro más hermoso del que imagino en mis sueños?

B.

Esa vez Cameron se acomodó frente al escritorio de lord Saint Leger mientras este le informaba, de manera más completa, las razones por las cuales deseaba averiguar más información sobre Aidan Ó Faoláin. Eso a pesar de que había oído ese nombre varias veces a lo largo de diversos trabajos que le implicaron relacionarse con aquellos miembros de más que dudosa reputación. Y el nombre del forajido era bien conocido por quienes se movían en los bajos fondos.

—Requiero la más absoluta discreción porque ignoro con qué nos podemos topar. —Su mirada lentamente se dirigió hacia las puertas cerradas del estudio antes de proseguir—. Estoy casi seguro de que mis sospechas son acertadas, pero no deseo que nadie sepa de esto de momento. Oliver era un querido amigo de Alexander y Byron, y lo último que ellos necesitan, después de tantos años, es que alguien venga a remover el pasado de manera innecesaria.

Cam asintió y no se sorprendió cuando el vizconde le entregó un sobre lacrado que, de seguro, contenía toda la información que él había podido averiguar por su cuenta. Al abrirlo se sorprendió de hallar un acta matrimonial, así como también una partida de nacimiento. Si todo resultaba ser genuino, el vizcondado de Daventry pronto tendría un nuevo heredero, y era consciente de que eso no le agradaría al entonces portador del título. Comprendía la reticencia de lord Saint Leger a lidiar con la situación, pero también su deseo de querer descubrir la verdad sobre su lejano primo.

Estaba por hablar cuando lady Gigi ingresó al estudio. Su sonrisa radiante dejaba en claro que vivía en la más absoluta dicha conyugal. Si le sorprendió no verla usando sus famosos guantes marrones, Cam no lo mencionó, pero sí notó los delgados guantes de encaje negro que hacían juego con su vestido.

—Lady Alamain ha organizado un té en su hogar. Según parece, está decidida a no permitir que lady Courtenay la opaque con sus jardines árabes.

—¿Desde cuándo te dejas llevar por rumores, amor?

—Nunca, pero Clarisse y Desdémona están invitadas y, según parece, andan a la caza de su próxima víctima... *proyecto* —declaró la dama con toda soltura mientras reía.

—No recuerdo haber escuchado queja alguna de tu parte en ese sentido, mi vida.

—Porque ni siquiera estaba al tanto de serlo.

—Pues yo no puedo quejarme, amor. En lo que a mí respecta, las damas pueden entrometerse en todo lo que deseen.

—¡Leo! —Aunque se fingió alarmada, el brillo en la mirada de la dama dejaba en claro que hallaba toda la situación sumamente divertida.

Cam continuó observándolos interactuar. Estaba al tanto de que lady Gigi era tan solo una heredera sin sangre noble y que lord Saint Leger había estado bastante renuente a contraer matrimonio pese a la insistencia de su madre por hallar a una dama adecuada, pero no podía más que reconocer que, pese a sus diferencias, estaban hechos el uno para el otro.

El vizconde pareció percibir su mirada porque esperó a que su esposa se marchara para explayarse respecto a lo que Gigi había mencionado.

—Las viudas, lady Hawthorne y lady Kensington, han decidido que en su viudez harán uso de toda su cuantiosa sabiduría y contactos para lograr que las damas consideradas *inadecuadas* obtengan su oportunidad de hallar la dicha conyugal en vez de que jóvenes damas oportunistas lo logren. —Su mirada se dirigió hacia la puerta por donde se había marchado Gigi instantes atrás—. Y yo no podría estar más agradecido por su intervención.

Cam enarcó una ceja. Agradecía no figurar en el listado de posibles pretendientes de las damas. Odiaba pensar en lo que podría ocurrir si su abuelo siquiera creía que él andaba en busca de una esposa. En especial porque, desde aquella noche de la fiesta de disfraces, una sola dama dominaba por completo su mente y su corazón.

—Tranquilo, amigo. Por ahora, parece que se están limitando a aquellas señoritas que son causas perdidas. —Leo sacudió la cabeza, aún divertido—. Aunque, entre nosotros, no me sorprendería que alguna de las *casi floreros* termine siendo la próxima joven en desposarse. Las damas las adoran y, considerando que Cali, una de sus hermanas y Amelia ya han contraído matrimonio, las damas deben estar más que ansiosas por continuar actuando de casamenteras.

Cam frunció el ceño ante eso. Sabía que Bibi se merecía todo lo mejor, pero la idea de pensarla comprometida con otro caballero que no fuera él le desagradaba en extremo.

Entonces notó la mirada conocedora en el rostro de Leo y se vio forzado a desviar la vista.

—Ignoro qué dama ha puesto esa expresión en tu rostro, amigo, pero quiero que sepas que cuentas con mi apoyo.

Sin decirle nada, Cam asintió y le ofreció su mano. Había veces que las palabras no eran necesarias.

Capítulo 10

*C*asa de campo de los Kensington

B.:

Nuestros caminos estaban destinados a cruzarse. Anhele finalmente poder tenerte en mis brazos.

C.

Bibi no podía más que disfrutar de toda la algarabía en torno a la boda de Cali y Alexander. Aunque ellos ya habían contraído matrimonio en Gretna Green, por insistencia de Su Real Majestad, se había organizado un nuevo festejo a toda pompa y ceremonia. Cali incluso les había comentado que su tío, Lobo Negro, les había preparado una sorpresa y todos ansiaban descubrir qué era.

Sin embargo, había algo que deseaba conversar con la flamante esposa.

—¿Cali?

—¿Sí?

—Espero que no haya sido muy presuntuoso de mi parte pedirte que invites a lady Ángela.

—Por favor, Bibi, fue un placer. Además, es una vieja amiga de Meli. Nosotras, las *casi floreros*, tenemos que estar unidas —bromeó la joven, y pronto ambas sonreían, hasta que la mencionada se les acercó y se llevó a Bibi para hablar en privado.

—Sé que tú y Ángela se hicieron buenas amigas en el paseo del otro día.

—Así fue. Hasta que llegó el secretario de su tutor.

—¿Su tutor? ¿Acaso el hombre te dijo su nombre?

—Dijo que se llamaba lord Wynter, pero jamás he escuchado mencionar ese apellido e incluso se lo pregunté a madre cuando llegamos de vuelta a la casa, pero tampoco lo escuchó siquiera una vez —le confió Bibi mientras se sentaba, al lado de la dama, en el sillón y aceptaba la taza de té que esta le ofrecía—. Me vio tan preocupada que terminó haciendo algunas averiguaciones. Mencionó a una lady Winter que pronto viajará hasta la ciudad. Supongo que, hasta que llegue, no habrá mucho que podamos hacer.

Lady Amelia pareció sumirse en sus pensamientos, pero finalmente asintió.

—Al menos nos deshicimos de ese maldito de Merriweather —declaró finalmente—. Ahora ya no puede hacerle más daño.

Bibi le aferró una mano en silencioso gesto de apoyo y la joven le sonrió. Había hecho falta la participación de todas y no se arrepentía en lo más mínimo por haber formado parte. Eso incluso la había llevado a conocer a su misterioso protector.

—Volví a preguntarle a Callan al respecto, pero dice que todos se rehúsan a hablar. Creo que lo hacen más por respeto al silencio de tu misterioso hombre.

—Oh, comprendo. —Y lo hacía. Admiraba esa clase de lealtad, pero no podía más que sentirse decepcionada también.

—Te prometí que lo iba a averiguar y lo voy a lograr, Bibi... Mientras tanto, tengo algo para ti. —De entre las telas de su vestido, la joven hizo aparecer lo que ella sabía era una misiva de su misterioso pretendiente. Sin poder evitarlo, dejó escapar un chillido y abrazó a su amiga con fuerza para luego apoderarse de la carta—. Te dejo para que la leas tranquila. Si decides que deseas enviarle aunque sea una breve nota, en el escritorio junto a la ventana, hay pluma y papel. Tan solo dámela y me aseguraré de que la reciba.

B.:

Volveremos a encontrarnos pronto. Hasta que ese momento llegue, tus palabras escritas son un bálsamo para mi alma.

C.

Cameron se aseguró de que su abuelo no estuviera presente antes de ingresar al lugar. Aunque hubiese preferido escoltar a lady Amelia al evento de la tarde para así poder ver de nuevo a Bibi, era consciente de que el grupo de hombres lo esperaba para hablar con él sobre lo que había descubierto.

Si le sorprendió ver a lord Alexander y lord Byron junto a lord Callan y lord Alasdair, no lo mencionó. Supuso que habrían acordado, entre todos, el recibir las noticias juntos.

Sin muchos preámbulos, tomó asiento frente a ellos y apoyó todos los papeles sobre la mesa, que incluían, además de los certificados que Saint Leger le había entregado, entrevistas y testimonios de primera persona. Respiró hondo y se preparó para hablar... algo a lo que no estaba acostumbrado.

—Oliver contrajo matrimonio con una joven gitana de nombre Sabina poco antes del duelo, pero, según su tribu, la relación de ellos ya venía de larga data —les informó hablando de manera pausada e indiferente—. Él se la iba a presentar a su familia, pero tuvieron una fuerte discusión y ella terminó todo entre ellos.

—¿Oli sabía sobre el bebé?

—No. La reina de los gitanos ordenó que nadie se lo dijera hasta que su nieta no estuviese de acuerdo.

—Él falleció sin saber que tenía un hijo —concluyó un apagado y gris Alexander.

Capítulo 11

*C*asa de campo de los Kensington

C.:

Una noche más en nuestro lugar especial. Protegidos por las sombras de la luna llena.

¿Volverás a susurrar mi nombre?

B.

Cam sabía que estaba cometiendo un error, pero, luego de tanta correspondencia, necesitaba ver a Bibi aunque fuese una última vez. Y era la razón de su presencia en la biblioteca. Al igual que la noche en que se conocieron, la luna llena se abría paso entre las nubes, aunque la penumbra reinaba en la habitación.

Había decidido arribar antes, tras aprovechar que todos los invitados estaban distraídos con la demostración que iba a dar el tío de Cali. Para la mayoría de los nobles era la oportunidad de estar en contacto con el salvaje del lejano oeste... y sin, por ello, correr riesgo de perder la cabellera en el proceso.

Vio cómo el guerrero BlackFoot encendía la fogata. De haber estado en su hogar, en la época en que los nativos lucharon por defender sus tierras, de seguro hubiera sido un magnífico adversario.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando la puerta se abrió con lentitud y él contuvo la respiración mientras se aseguraba de estar oculto entre las sombras; aún no deseaba que Bibi lo viera. Quizás esa noche le revelase su identidad. Aunque la idea lo aterraba, sabía que no podía continuar sosteniendo la mentira o la perdería.

Al igual que aquella noche, ella entró enfundada en un vestido que resaltaba su belleza, porque, sin importar lo que cualquiera le dijera, para él, Bianca era la mujer más bella de todas.

Sintió el impulso inmediato de acercársele, pero se contuvo cuando la vio caminar con lentitud hacia el ventanal. Sabía que debían ser cuidadosos pero, aun así, anhelaba poder sostenerla en sus brazos.

Al no ver a nadie en la habitación, Bianca entró en silencio. Afortunadamente sabía que sus

hermanas, quienes la habían estado vigilando de cerca, se habían unido a los restantes invitados para ver el espectáculo, lo que le había permitido escabullirse sin ser vista.

Desde donde se hallaban, se podía ver la fogata que Lobo Negro había encendido para las celebraciones de la noche. Vestido en toda su regalía ceremonial, era una imagen impresionante y Bibi estaba segura de que más de una dama soltera consideraría seriamente convencer a su familia de que le permitiera viajar para visitar a los Forrester. Aunque, por lo que ella había escuchado, estaba segura de que Vini, la tía de Cali, no dudaría en meterle un tiro a cualquier mujer que siquiera osase mirar a su marido más de la cuenta.

Bibi suspiró mientras pensaba en otra pareja más felizmente casada mientras que ella esperaba a que su misterioso pretendiente se atreviera a reunirse con ella a escondidas de todos los presentes.

Se llevó una mano al relicario y volvió a suspirar.

—¿Acaso piensas en alguien más? —La voz masculina hizo que un delicioso escalofrío la recorriera por completo e hizo que se girase en dirección a las sombras de su derecha, donde pudo distinguir una sombra familiar.

—Solo en ti —le respondió en un susurro y, pese a sentirse inesperadamente tímida, abrió el relicario y le mostró lo que contenía en su interior.

—*No me olvides.*

—Tú me las enviaste.

—Bianca...

Fue apenas un murmullo, pero entonces ella no lo dudó. Avanzó hacia él, que aún se mantenía oculto en las sombras, y se refugió en sus brazos. Sabía que apenas tendrían solo unos instantes, pero se rehusaba a despreciarlos. Refugiados en el silencio, elevó su rostro y él no tardó en mirarla.

Al comienzo fue apenas un roce tentativo de sus labios. Le sorprendió la calidez y suavidad de la boca masculina. No era que ella fuese una experta en ello, pero la lentitud con la que él parecía estar poseyéndola la enloqueció. Y cuando la lengua masculina acarició la comisura de sus labios, ella le permitió la entrada.

Perdida en la intensidad del beso, no fue consciente de nada de lo de su alrededor hasta que un estallido cercano a ellos la sobresaltó e hizo que abriera los ojos. Fue apenas un instante, un ramalazo de luz que en parte la encegueció, pero fue suficiente para relevarle, por apenas unos segundos, algo del rostro de su misterioso pretendiente.

—¡Bianca! —Los gritos de sus hermanas que la llamaban le anunciaron que su tiempo juntos había llegado a su fin.

—Ve. No quiero causarte problemas. —Él le robó un último beso antes de guiarla hacia la puerta.

—C.

—Volveremos a vernos. Lo prometo.

Pero Bibi intuía que no sería así de fácil.

Capítulo 12

B.:

Tenerte en mis brazos fue la tortura más deliciosa.

C.

Bibi se paseaba inquieta por su habitación. Pese al cansancio después de haber pasado una noche en vela, no podía dejar de pensar en lo que creía haber descubierto la noche anterior. Para colmo no había podido conversarlo con Amelia porque la joven se había tenido que marchar temprano. Y aunque no había logrado descubrir la razón, no tenía más opción que esperar regresar a la ciudad para reunirse con ella y poder sentarse a hablar.

Incluso él le había escrito un nuevo mensaje y ella se había sentido dichosa, pero eso no quitaba que deseaba saber si estaba en lo cierto o no sobre quien creía que él era. Sabía que no estaba comprometido, y sus palabras y modo de comportarse no parecían ser los de alguien que tan solo quería tener un idilio breve con ella y nada más. Sin embargo, no podía evitar sentir que había algo que ella ignoraba y que sería esencial para cualquier futuro que ellos pudieran tener.

Golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos y, distraída, se acercó a la misma.

—¿Señorita Callahan?

—Bianca.

—Tengo un mensaje para usted. Es de parte de su padre.

Dado que él no era de la clase de hombre que enviaba mensajes con terceros, se preocupó y se apresuró a abrirlo para descubrir que le solicitaba que regresara a la ciudad, pero solo ella. El hombre no se había estado sintiendo bien y no quería preocupar a su esposa y a sus otras dos hijas si resultaba ser tan solo una molestia absurda.

Consciente de que ella era la más centrada de las tres cuando de esa clase de emergencias se trataba, no dudó un instante en armar su pequeña valija de mano y convencer a uno de los sirvientes que le permitiera usar uno de los pequeños carruajes que los Kensington conservaban para que la servidumbre hiciera sus recados.

Apurada, ingresó a la casa. Preocupada por la escueta nota que su padre le había dejado, no se

percató de que las luces estaban sospechosamente apagadas. Así como tampoco de la ausencia de la rubicunda ama de llaves.

—¿Papá?

Ingresó como una tromba a la biblioteca, que era donde a menudo se lo podía hallar cuando las visitaba.

—¿Padre?

Pero la figura junto al hogar no era la de Frederick Callahan, aunque tampoco era la de un completo desconocido.

—¿Milord?

—Espero que nos disculpe la invasión a su hogar, pero, al estar rodeada de los Kensington y sus conocidos, era imposible hallar el momento adecuado para que pudiéramos volver a... conversar.

Bibi observó sorprendido al caballero delante de ella, aunque su indumentaria era completamente distinta a la que había usado cuando se conocieron. En ese momento, le recordaba más a un forajido con la pañoleta en torno a su cuello y las desgastadas telas. Sin mencionar el arma en mano, que la apuntaba.

Intentó responderle, decirle algo que le hiciera cambiar de idea, pero se encontró incapaz de pronunciar una sola palabra. Tragó con dificultad y sintió que comenzaba a faltarle el aire, por lo que retrocedió un paso, pero no llegó lejos que otra sombra apareció a sus espaldas y pronto se encontró forcejando contra una banda de acero en torno a su cintura. El mundo a su alrededor no tardó en volverse difuso al mismo tiempo que una debilidad se apoderó de sus extremidades. Sus últimos pensamientos fueron hacia la misiva que aún no había podido leer de su misterioso protector. Ojalá él hubiera estado allí para protegerla, como aquella primera noche.

Capítulo 13

C.:

Creo haber descubierto tu secreto y, aunque ignoro por qué deseabas conservarlo, espero que no sea lo que nos separe.

B.

Cam leyó ese último mensaje de Bianca y el corazón le latió aún más rápido tras enterarse de lo que le había pasado. Y, por eso mismo, no pudo más que fulminar con la mirada a Ciaran mientras este intentaba explicarle lo ocurrido. De haber estado él en la ciudad, nada de todo eso habría ocurrido. Bianca estaría sana y salva y no en manos de Aidan Ó Faoláin.

—Veo lo que haces, Cam, y no lo voy a permitir —le dijo el hombre de repente—. Ninguno de nosotros sabía que él estaba al tanto de nuestros planes.

—¿Cómo lo averiguó?

—No lo sabemos. Según parece, tiene ojos y oídos en todas partes.

Antes de que alguien más pudiera hablar, lady Gigi irrumpió en la habitación, con el ceño fruncido y prácticamente desafiando a que alguien le dijera algo por su inesperada presencia.

—Yo voy a ir a hablar con él —declaró con absoluta calma.

—No lo harás. —Lord Saint Leger se levantó de su lugar y se acercó hasta que sus cuerpos casi se tocaron.

—Soy tu esposa, no tu esclava. Aidan no confía en ustedes, pero sí confía en mí —explicó con firmeza—. Cam, por favor, él sabe que lo estabas investigando y todos sabemos que sus negocios son de una naturaleza bastante cuestionable.

—Pero... no era por eso...—dijo Cam, consternado. Apenas había logrado murmurar unas pocas palabras.

—Ustedes lo saben. Yo lo sé. Pero él no —les dijo Gigi con aplomo—. Él me salvó una vez. Déjenme hablar con él. Estoy segura de que puedo solucionar las cosas.

—Pe-e-e-ro... —Cam tragó, inhaló hondo y volvió a hablar—. ¿Por qué llevarse a Bibi?

—Porque es obvio que ella es importante para ti y, con todas las cartas que se han escrito, él debe suponer que sabes algo.

—Jamás lo expondría a semejante peligro.

—Cam, él está desesperado. Durante años actuó fuera de la ley y, de repente, descubre que un

antiguo espía de la Corona está buscando más información sobre él —siempre práctica, Gigi exponía la situación con claridad y presteza.

Escuchó a Leo maldecir por lo bajo para finalmente verlo detenerse junto a su esposa.

—Yo te escoltaré hasta él, amor —le dijo sin dar pie a discusiones—. Él me conoce y sabe que jamás te dejaría ir sin mí.

—Gracias. —Cam sabía que era apenas una palabra, pero no sabía de qué otra manera expresar lo agradecido que se sentía porque aquellas personas estuviesen dispuestas a ayudarlo sin importarles poner sus propias vidas en juego.

Cuando escuchó que uno de sus captores le informaba a Aidan que lady Saint Leger había solicitado hablar con él, Bianca no podía creerlo. Pero cuando la dama en cuestión ingresó en la habitación y le ofreció una sonrisa reconfortante, creyó que aún seguía inconsciente.

De todos los posibles rescatadores que su mente había imaginado, la peculiar dama ni siquiera había figurado en la lista. Agradecía que estuviese ahí, pero también le preocupaba. Aunque había escuchado los rumores sobre lo sobreprotector que lord Saint Leger era con su esposa, lo cual implicaba que él no debía hallarse muy lejos y, con algo de suerte, estaría acompañado de más hombres que podían ayudarlas si las cosas se volvían más complicadas.

—Aidan...

—Sé para que estás aquí, lady Gigi, pero no voy a dejarla ir hasta que no responda todas mis preguntas.

—Aidan...

—No. Ella ha intercambiado la suficiente cantidad de información con él como para no saber algo sobre sus razones para investigarme.

Confundida, Bianca lo observó en el más absoluto silencio durante varios instantes hasta que finalmente su mente asustada procesó lo que el hombre acababa de decir.

—C. no me dijo nada.

—¿C.? ¿Quién es? —Aidan volvió a focalizar toda su atención en ella.

—No lo sé. Nunca me lo dijo.

—¿Quieres que crea que una señorita de buena cuna ha estado manteniendo correspondencia con un completo desconocido bajo las narices de sus propios padres y sin siquiera saber quién es él?

Bibi sintió que las mejillas le ardían, pero elevó el mentón en gesto desafiante. No se lo había permitido a su madre, entonces tampoco le iba a permitir a un completo desconocido que la juzgase por sus acciones. Al fin y al cabo, no había hecho nada malo.

Capítulo 14

*R*esidencia Douglas

B.:

Eres la única constante en mi vida.

C.

Bibi inhaló hondo y se dio coraje a sí misma para lo que estaba por hacer. Aunque había dudado durante varios días, finalmente se decidió a tomar el toro por las astas y, ante el obvio silencio de quien sospechaba que era su pretendiente, decidió enfrentar a la persona que sabía que le iba a dar las respuestas que buscaba.

Meli no pareció sorprendida de verla aparecer como una tromba en su hogar. Por el contrario, la recibió con los brazos abiertos y la invitó a compartir una taza de té mientras esperaban la aparición de cierto samurái.

—Sabes que cuentas con nuestro apoyo. ¿No, Bibi?

—La verdad que ya no sé qué pensar. Después de lo que ocurrió, creí que él al fin hablaría de frente conmigo, pero lo único que ocurrió fue una enorme y gran nada... —susurró con pesar Bianca mientras se llevaba una mano al relicario.

—Lo siento tanto. Yo también creí que él iría a tu casa, pero, según parece, algunos temores nunca se van del todo.

—¿Qué temores?

—Buenos días, Bianca-san. —La voz del samurái las sorprendió y ambas se giraron a mirarlo.

—Hiroichi. —Meli se levantó de su lugar y lo instó a unírseles. Había mucho que él tenía que aclarar dado que Cameron parecía haber desaparecido de la faz de la Tierra—. ¿Qué es lo que ocurre? Él nos aseguró que iba a hablar con Bianca.

—Lo siento mucho, damas, pero... él tenía toda la intención de ir a ti, señorita Bianca —le explicó el hombre con lentitud, sopesando qué tanto revelar de aquello que sabía—. Luego de tu rescate, hablé con él y me aseguró que lo primero que iba a hacer esa mañana era hablar contigo.

—Pues no lo hizo y no comprendo la razón. —Bibi estaba realmente confundida, pues había creído que su interés era genuino, pero, según parecía, tan solo había sido un mero entretenimiento. Y eso le dolía tanto que sus acompañantes debieron notarlo, porque Meli se

acomodó a su lado y la abrazó mientras Hiroichi se arrodillaba frente a ella y, con suma delicadeza, le sujetó una mano.

—El vizconde de Lohrien jamás fue un buen hombre. Pero cuando su hija lo desafió abiertamente y se casó con un hombre por debajo de su posición, él jamás se lo perdonó.

—Yo... no comprendo —susurró Bibi, intentando no llorar.

—Ellos fallecieron cuando su hijo era apenas un niño... que quedó a merced de ese monstruo —finalizó el samurái—. Él tiene las marcas que le recuerdan constantemente lo que ese sujeto es capaz de hacer si las cosas no salen como él desea.

La joven frunció el ceño mientras el recuerdo se abría paso en su mente. Había un solo caballero que había conocido con cicatrices en el rostro y cuya figura era igual a la de su misterioso protector.

—Cameron Kerr —susurró finalmente.

—Él vive con el miedo constante de que algo malo ocurra si se permite amar a alguien.

Bibi se mordió el labio inferior y sopesó sus opciones.

—¿Y si yo pudiera demostrarle que nada me va a pasar? Al menos no a manos de su abuelo.

—Esa es mi chica —declaró Meli, feliz—. Hay un evento esta noche y sé, de muy buena fuente, que cierto vizconde va a asistir. Callan se asegurará de que puedas ingresar.

—Pero...

—Ve por él, Bibi. A veces los hombres necesitan un pequeño empujón en la dirección correcta. —Luego de guiñarle un ojo, Meli se levantó con rapidez y se marchó de la sala de estar.

—Yo estaré cerca. No confió en el anciano —declaró Hiroichi y, con la misma agilidad con la que había aparecido, se marchó sin hacer ruido.

—Espera...

Pero él ya había desaparecido, por lo que dejó a Bibi sola para idear un curso de acción para la noche.

Unas horas más tarde, Bianca no podía dejar de retorcerse las manos, clara señal del nerviosismo que la invadía. Horas antes, le había parecido la mejor manera de solucionar las cosas, pero entonces ya no estaba tan segura.

—Callan me acaba de avisar que lord Lohrien se encuentra en la terraza. Alexander lo engañó para ir hasta allí, pero ahora todo depende de ti, Bibi —le susurró Meli mientras la guiaba hacia el lugar donde ambas pudieron ver al anciano de porte patricio—. Tú puedes. Igual todos nos quedaremos cerca por si nos necesitas.

Conmovida, Bibi abrazó a su amiga con fuerza. Se sentía muy afortunada de haber conocido a las *casi floreros* y que ellas la recibieran con los brazos abiertos, importándoles muy poco que fuese americana y no tuviese ni idea de cómo ser una dama refinada. El hecho de que algunas de

ellas se hubiesen casado no había cambiado los lazos en el grupo. De hecho, lo contrario había ocurrido, pues sus respectivos maridos habían pasado a formar parte de su estrecho vínculo de amistad y afecto, y ella no podía estar más agradecida por ello.

Cuando Callan se le acercó y le ofreció el brazo, Bianca aceptó. La reconfortaba saber que no estaba sola.

—¿Lord Lohrien?

—Lord Douglas, creí que estos eventos ya no eran de su gusto. En especial dado la joven esposa que se ha asegurado..., aunque veo que ya le ha hallado un reemplazo.

Bibi sintió el brazo masculino tensarse bajo sus manos y, por un instante, creyó que Callan le respondería al hombre, pero finalmente pareció recuperar el control de sí mismo.

—Permítame presentarle a mi acompañante, la señorita Bianca Callahan.

El cambio en el rostro del hombre fue instantáneo. La sorna en su mirada se borró y fue reemplazada por el desprecio más absoluto mientras la recorría de arriba abajo con la mirada.

—Debo decir que esperaba algo más... Ignoraba que mi nieto tuviese un gusto tan... deplorable.

En otras circunstancias, Bibi se hubiese sentido herida por sus palabras, pero lo único que veía ante ella era a un hombre anciano que obviamente no sentía amor por nada ni nadie. El gesto cruel de su boca tan solo parecía acentuarlo, y Bianca se encontró a sí misma elevando la barbilla. Y sin desviar la mirada, avanzó un paso. Se rehusaba a dejarse intimidar por alguien como él.

—Pensar que mi intención era congraciarme con usted... —Y era la verdad. Bibi había creído que tan solo se trataba de un viejo gruñón, pero cuando antes de partir para el baile Ciaran sostuvo una conversación con ella y le relató la realidad de la infancia vivida por Cameron, no pudo más que sentir desprecio por el hombre.

—Eso es imposible. Alguien como tú...

—Alguien como yo tiene más decencia en el dedo meñique que usted en todo su cuerpo. Me sorprende que Cameron haya resultado ser como es, pero sus padres debieron ser personas decentes que le enseñaron valores a diferencia de usted que solo volvió su vida una pesadilla.

—¿Quién te crees...?!

—Me creo eso y más, lord Lohrien. Se lo voy a decir solo una vez: si algo me ocurre a mí o a Cameron, con Dios como mi testigo, usted pagará un precio muy alto.

—¿Y quién se va a asegurar de que eso ocurra, niña? —expresó burlón el anciano, pues la subestimaba.

Bianca estaba por responderle cuando Byron, Alexander y Callan se interpusieron entre ella y el anciano.

—Cameron es nuestro amigo, Lohrien —declaró lord Kensington, cruzándose de brazos.

—Y nosotros cuidamos de los nuestros, señor —le advirtió lord Huntington, imitando la postura de su mejor amigo.

—Sin mencionar que estamos seguros de que sus conocidos estarán más que interesados en

ciertas... prácticas tuyas —agregó lord Douglas. Sus ojos violetas brillaron de satisfacción al ver al anciano palidecer—. Y ahora, si nos disculpa... Señorita Bianca, ¿me permite esta pieza? Lord Saint Leger ha acaparado a nuestras esposas.

Aturdida, la joven asintió, pero no había dado más que unos pasos que el anciano volvió a hablarle.

—Sin mí, él no es nada. Nada.

—Se equivoca, milord, sin usted, Cameron lo es todo —le respondió con absoluta seguridad.

—En eso te equivocas, niña. Él jamás se va a casar contigo. Ni te va a amar. Yo me aseguraré de que así sea...

Bibi se volteó y siguió a Callan al interior del salón donde las parejas se movían al compás de la música. El miedo acababa de volverse una piedra en su vientre, porque a sabiendas de lo que Cameron había sobrevivido siendo un niño, las palabras del anciano no eran del todo descabelladas. ¿Acaso su misterioso protector no reconocería abiertamente quién era en realidad para, al fin, entregarle su corazón?

Callan debió percibir el cambio en su estado de ánimo porque detuvo su andar y esperó hasta que ella elevó el rostro y lo observó para hablar.

—No puedes creer lo que él dice, Bibi.

—Pero...

—Él te ama, incluso si aún no lo tiene en claro. Desde esa noche en la biblioteca que no es el mismo. Solo... Tenle paciencia, por favor.

Bianca tan solo pudo asentir y lo siguió a la pista de baile.

Cameron ingresó al salón a toda velocidad. Cuando Hiroichi le relató lo que Bianca tenía planeado hacer, sintió que su corazón se detenía y le faltaba la respiración. Sabía los niveles de crueldad a los que el anciano era capaz de llegar y temía lo que le haría a la joven. En especial porque sabía que disfrutaba de ejercer su maldad sobre aquellos que no podían defenderse por sí mismos.

Lo último que esperó fue verla en el centro de la pista de baile en brazos del lord Jasper. ¿Acaso ella se había arrepentido y había decidido que él no valía la pena lo suficiente como para lidiar con el anciano? Sus pensamientos se fueron volviendo cada vez más oscuros y tormentosos hasta que una mano se apoyó sobre su hombro.

—Bibi está hermosa esta noche. ¿No lo crees?

Incapaz de hablar, tan solo asintió. Toda su atención estaba aún focalizada en ella.

—Amor, ¿por qué no rescatas a Bibi de Jasper? —Lady Amelia, con su usual aire de calma y tranquilidad, se dirigió a su marido mientras se detenía junto a ellos. Callan, de inmediato, sonrió y asintió—. Esta pieza musical es tan bella.

Cam observó de reojo a Meli y, sin decir una palabra, le ofreció una mano, a lo que ella le obsequió una sonrisa resplandeciente. Él intuía que ella lo había hecho a propósito, pero no iba a faltarle el respeto a la dama mencionando algo como eso en voz alta.

Hacía muchos años que él no danzaba, sin embargo, su cuerpo recordaba a la perfección cada paso y movimiento involucrado. Meli resultó ser una compañera envidiable, que le sonreía y conversaba mientras se deslizaban por la pista. Y lo mejor era que no esperaba una respuesta de él a cada comentario que ella le hacía.

—Cameron, debo robarte a mi esposa antes de que la convenzas de bailar la próxima pieza contigo. —La voz de Callan fue la única advertencia que recibió antes de que Meli se refugiase en los brazos de su marido... y Bianca fuese depositada en los suyos.

Consternado, la observó fijamente hasta que notó el rubor en sus mejillas mientras se mordía el labio inferior y le regalaba varias miradas de reojo.

—Espero que no le importe el cambio de pareja —finalmente le susurró ella.

Incapaz de hablarle, tan solo negó con la cabeza y la guio entre las parejas, aunque sus movimientos ya no eran tan fluidos y relajados como antes. Esperaba que ella le mencionase algo sobre lo ocurrido con su abuelo, pero, cuando tan solo continuó hablándole sobre todo, excepto ese tema, comenzó a relajarse. Sin embargo, aquello no era suficiente como para que se atreviera a hablarle.

La pieza casi llegaba a su final cuando divisó una odiosa figura familiar de pie cerca de las puertas dobles que estaban abiertas y permitían que algo de aire ingresara al lugar. Sintió cómo la furia comenzaba a quemarle las entrañas y supo que ya no podía continuar ahí sin hacer algo.

Pese a odiar tener que dejarla a Bibi así, sin haberle dicho una sola palabra, la escoltó de regreso junto a Callan y Meli que se encontraban en un lado de la habitación cerca de la mesa de los refrigerios. Y ni él ni Bianca se percataron de que, al separarse, el bello relicario cayó al suelo.

—Cam... —Pero su amigo calló cuando vio hacia dónde se dirigía su mirada y asintió. Tan solo se limitó a apoyarle brevemente una mano en el hombro en gesto de silencioso apoyo.

—¿Cal? —Obviamente preocupada ante la actitud de Cameron, Meli observó a su esposo.

—Es algo que tiene que hacer, amor.

—Pero...

Ajeno a la preocupación de sus amigos, Cameron se enfrentó a su abuelo y ambos hombres salieron, pero decidieron alejarse lo más posible de la casa. Lo que estaba por ocurrir era mejor que se diera lejos de oídos curiosos.

—Conocí a esa desabrida muchachita entre cuyas faldas quieres meterte —le dijo el anciano con obvio desdén en la voz.

Cam cerró con fuerza las manos hasta convertirlas en puños. Podía tolerar que el anciano dijera lo que quisiera sobre él, pero no que se metiera con ella. Aun así, no se marcharía hasta no estar seguro de que ella estuviera sana y salva de su ira.

—¿Puedes creer que tuvo la desvergüenza de amenazarme? Ella y esos nobles venidos a menos que se consideran tus amigos.

Una sensación inesperada se abrió paso en el pecho del joven hombre... Una emoción que estaba acallando la ira que, instantes atrás, lo había invadido por completo. Su cuerpo se relajó una fracción de segundo y elevó el mentón para mirar al anciano a través de los ojos de un adulto y no de los del asustado pequeño que fue cuando vivió con él.

—Ya no puedes dañarme, anciano —masculló por lo bajo—. Pero yo a ti sí.

—¿Qué...? —El anciano frunció el ceño momentáneamente confundido y retrocedió un paso mientras Cam avanzaba.

—Aléjate de mí. Aléjate de la gente que me importa o lo lamentarás, vizconde de Lohrien —le dijo con absoluta frialdad—. Y no son promesas vacías, milord... Al fin y al cabo, lo aprendí de ti.

Dicho lo cual, se dio media vuelta y se marchó. El anciano ya no tenía más poder sobre él.

Capítulo 15

Cameron:

Desde aquella noche en la biblioteca que anhelaba conocer a mi misterioso protector. Aunque solo fue para descubrir que no soy suficiente para él.

Lo lamento tanto,

Bianca

Aterrado, releyó la carta una y mil veces. Cuando la recibió a la mañana siguiente de lo ocurrido en el baile, las últimas palabras que esperó leer fueron las que ella le escribió.

Bianca había malinterpretado su silencio por desinterés y no podía culparla por ello. La manera en que la había abandonado junto a Callan y Amelia no había sido su mejor jugada y se arrepintió de aquello cuando regresó al salón y no halló a ninguno de los tres, aunque sí, abandonado en el suelo, el delicado relicario de Bianca.

Cuando Callan lo convocó a su hogar y le entregó el mensaje, la esperanza se había abierto paso en su alma, en especial, al saber lo que ella había hecho por él. Pero todo fue en vano porque podía leer más allá de sus palabras. La había perdido y no podía culpar a nadie más que a sí mismo.

—¿Qué piensas hacer para recuperarla?

Sus palabras atrajeron su atención y Cam elevó la mirada del papel.

—No lo sé... Aún no lo sé —expresó confuso, perdido en la angustia.

—Cam, si ella no sintiese nada por ti, no te habría escrito esa nota —declaró el hombre sentado frente a él con toda tranquilidad—. Sé dónde vive su tía. Pero depende de ti el recuperarla o no. Ahora, ¿qué vas a hacer?

Consciente de que era su oportunidad para hacer las cosas como correspondía, se levantó del asiento y asintió.

—Bianca es mi vida.

—Perfecto. Ahora solo tienes que decírselo a ella.

—¿Estás segura de lo que haces, Bibi? —La pregunta, esa vez, surgió de su madre que, hasta el

momento, no había hecho cuestionamiento alguno sobre su repentina decisión de marcharse de regreso a Nueva York.

—Sabes que a las tías les encanta que las visitemos. Y se acerca la fiesta de aniversario de tía Greta y tío Rupert —respondió con simplicidad mientras guardaba cosas en su maleta de mano. Sin embargo, cuando agarró su copia de *Jane Eyre* y las hojas secas de *No me olvides* cayeron sobre su cobertor, un nudo se instaló en su garganta.

—Oh, cariño...

—Todo va a estar bien, mamá. En serio. —Pero no se rehusó cuando la mujer la envolvió en sus brazos.

—Tómame todo el tiempo que necesites, Bibi. Visita a las tías y déjalas malcriarte —le susurró la dama antes de liberarla. Le sujetó el rostro entre sus manos y le dio un beso en la punta de la nariz, como solía hacerle cuando era una niña—. Papá está allá y yo te visitaré tan pronto como pueda. Es solo que...

—No puedes dejar a esas dos locas aquí, en Londres, sin vigilancia.

—¡Bianca! —Aunque su tono intentaba sonar severo, no pudo más que reír junto a Bibi porque sabía que la joven tenía razón.

Capítulo 16

Ciudad de Boston

Hogar de los Humphreys

Celebración de su aniversario

Bianca:

Sé que no recibirás esta carta, pero, aun así, sentía la necesidad de escribirla. Durante semanas, ha sido la manera en la que nos comunicamos, y se volvieron mi razón para existir día a día. Anhele el momento en que pueda volver a estar a tu lado.

Cameron

Bianca siempre había disfrutado de los bailes que sus tíos organizaban. Ellos eran la personificación, al igual que sus padres, de su sueño a largo plazo. Habiendo crecido rodeada de amor, siempre había anhelado hallarlo para sí misma y también se había rehusado a conformarse con menos que eso.

Creyó hallarlo con Cameron y atesoraba cada carta que él le había escrito, pero también estaba segura de que haberse marchado de Londres había sido la mejor decisión que pudo haber tomado.

Sin embargo, su corazón parecía no estar de acuerdo con su mente porque se rehusaba a participar de las emociones de la noche, que incluían un nuevo vestido en color dorado que la hacía verse como una princesa de cuento de hadas.

Ni siquiera el haber pasado la noche bailando sin parar había logrado alegrar su ánimo melancólico y, aunque se mostró educada y atenta con todos los caballeros, simplemente no logró sentir interés genuino por ninguno de ellos.

Incluso sus primas habían notado su ánimo decaído porque continuaban intentando distraerla con rumores sobre los diferentes invitados, pero no habían logrado más que sacarle alguna que otra sonrisa.

—Deberías haber visto la cara de la señorita Ferguson cuando vio a su perro pintado de verde... —Repentinamente las mellizas dejaron de hablar y abrieron muy grande los ojos; parecieron quedarse completamente atónitas con algo que se acercaba a sus espaldas.

Bibi cerró los ojos brevemente y rogó que no fuera alguna de las alocadas sorpresas que sus tíos conjuraban. Aún recordaba la vez que, siendo su octavo cumpleaños, decidieron que era una buena idea regalarle un pequeño mono araña. Había terminado llena de piojos y con picaduras de

pulgas sin mencionar que hizo falta desinfectar la casa por completo.

—Tía... —Se giró para detener cual fuese la locura con la que quisieran sorprenderla, pero olvidó lo que estaba por decir al ver al hombre que había logrado enmudecer y atraer la atención de todos los invitados.

Enfundado en un elegante traje, parecía todo un caballero inglés, y Bibi no sabía cómo reaccionar. En parte porque no comprendía que hacía él ahí. Se había alejado de él hacía un mes atrás y, desde entonces, no supo nada más de su vida. Pero entonces, ¿qué había cambiado?

—¿Lord Kerr? —Aunque sabía que él odiaba todo lo relacionado con sus orígenes nobles, Bibi se sentía insegura respecto a cómo tratarlo, así que optó por seguir las formalidades requeridas por la sociedad inglesa.

—¿Me concedería el honor de bailar esta pieza, señorita Bianca?

Aún insegura sobre lo que ocurría, tan solo pudo asentir mientras él la guiaba hacia la pista. Al instante, toda la actividad a su alrededor pareció reiniciarse porque pronto se hallaron rodeados de parejas que se movían al compás de la música.

—¿Por qué estás aquí, Cameron? —Sin soportar el silencio entre ambos, y aun sabiendo que era poco probable que él le respondiera, necesitó preguntarle de todos modos.

—Por ti.

—¿Perdón? —Bibi estaba segura de que había escuchado mal o de que estaba alucinando. No supo que se habían detenido hasta que Cameron acertó la poca distancia que había entre sus cuerpos para atrapar sus delicadas manos con las grandes de él.

—Nunca debí dejarte ir, Bibi. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida...

—Cam...

—Solo déjame... terminar. —E hizo aparecer, de entre los pliegues de su chaqueta, el relicario que ella creyó que había perdido cuando Cam la dejó sola en el salón junto a Meli y Callan para ir a hablar con su abuelo—. Te amo, Bianca Callahan. Sin ti, en mi vida, nada tiene sentido. ¿Regresarás a Londres y me permitirás cortejarte como corresponde?

—¿Sin escondernos? —La esperanza nació en su interior y le sonrió de manera radiante.

—Sin escondernos. Ya hablé con tu padre y me dijo que si tú me aceptabas, él estaba de acuerdo.

—Está bien, pero con una condición...

—¿Cuál?

—Que me sigas escribiendo cartas.

La sonrisa de Cam fue lo más bello que vio jamás y, cuando él la besó en medio de la pista de baile, supo que jamás volverían a separarse.

Epílogo

Casa de campo de los Kensington

Biblioteca

Bibi suspiró y se refugió en los brazos de Cameron.

—¿Estás bien, amor? —le preguntó él, preocupado, mientras la apartaba ligeramente para, con suavidad, sujetarle el mentón para observarla.

—Sí. Solo... no puedo creer que hayas ido por mí.

—¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Acaso no sabes que sin ti no puedo respirar, vivir, existir?

—Oh, Cam... —Emocionada ocultó el rostro en el pecho masculino.

—Te amo, Bianca. Dejarte ir fue lo más difícil que tuve que hacer...

—Y lo más estúpido —declaró a la distancia Callan mientras Meli se apresuraba a darle un codazo en las costillas—. ¡Lo fue!

Para sorpresa de ambos, todos sus amigos acababan de ingresar a la biblioteca.

Cam rio, con una risa ronca y profunda que hacía que Bibi se estremeciera cada vez que la escuchaba.

—Por el amor de Dios, ahora que finalmente lo hace, déjalo hablar —siseó por lo bajo Ciaran mientras sacudía la cabeza claramente divertido.

Repentinamente Cameron recuperó su seriedad y, luego de observarla en silencio por varios segundos, desvió la mirada y la fijó en las parejas que estaban a su alrededor y que los observaban con obvio afecto y alegría.

—Gracias... por todo —les dijo con absoluta sinceridad, y no tardó en encontrarse envuelto en efusivos abrazos por parte de los hombres y besos en la mejilla por parte de las damas. No acostumbrado a las demostraciones de afecto, un ligero rubor no tardó en teñir ligeramente sus mejillas.

—Sus hijos van a ser tan lindos —declaró Cali, quien recientemente embarazada no podía esperar a que sus amigas también fueran bendecidas con la misma dicha.

—Primero se tienen que casar, amor —le recordó Alexander, y luego le robó un beso que hizo que todos sonrieran.

Aunque Bibi anhelaba ser su esposa, había logrado contener su usual verborragia y ser paciente con Cameron quien aún cargaba con los fantasmas de su pasado y había días en los que parecía

vivir en constante temor de que algo le ocurriese. Por eso, tan solo sonrió ante las palabras de sus amigos, pero entonces vio que Cameron se hincó sobre una rodilla a su lado.

—¿Qué...?

—No soy bueno con las palabras, Bibi, pero si aceptas ser mi esposa, te juro amarte por la eternidad. Protegerte cada día por el resto de nuestras vidas y hacer todo lo posible para que seas la mujer más feliz del mundo y que jamás tengas razones para arrepentirte de aceptarme. —Cam abrió una pequeña caja de madera labrada que, en su interior, contenía un refinado anillo de oro con un delicado grupo de pequeños diamantes celestes estratégicamente ubicados para verse iguales que una flor de *No me olvides*.

Aturdida, se llevó una mano al pecho y, con la otra, se cubrió la boca, incapaz de pronunciar una sola palabra. No supo que no le había respondido hasta que notó que el temor invadía la mirada masculina de él. Y entonces reaccionó.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —Se lanzó a sus brazos con tanta fuerza que Cam perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo con ella que aún le cubría el rostro de besos hasta que sola cayó en la cuenta de lo que acababa de ocurrir—. ¡Oh! ¡Por eso nos reunimos aquí!

La sonrisa del hombre fue radiante mientras la ayudaba a levantarse para colocarle el anillo en el dedo anular.

—Es el lugar donde nuestra historia comenzó —le dijo Cam con la mirada perdida en ella.

—Con unos cuantos susurros de amor —finalizó Bianca y con la sonrisa más dulce que alguna vez le obsequió.

Agradecimientos

A Lola Gude y PRH, por su apoyo y continuar confiando en cada uno de mis proyectos.

A mi amor Roberto y a mis peques, Eze y Fran, por todo su amor e incondicional apoyo. Cada una de mis historias es para ustedes.

A J. Gracias, amiga, por todo tu apoyo y aguante. Me siento privilegiada de contar con tu amistad y espero poder devolvértelo con creces. ¡Vamos por más!

To my two American angels... Tiff and Sam, love you to the moon and back!

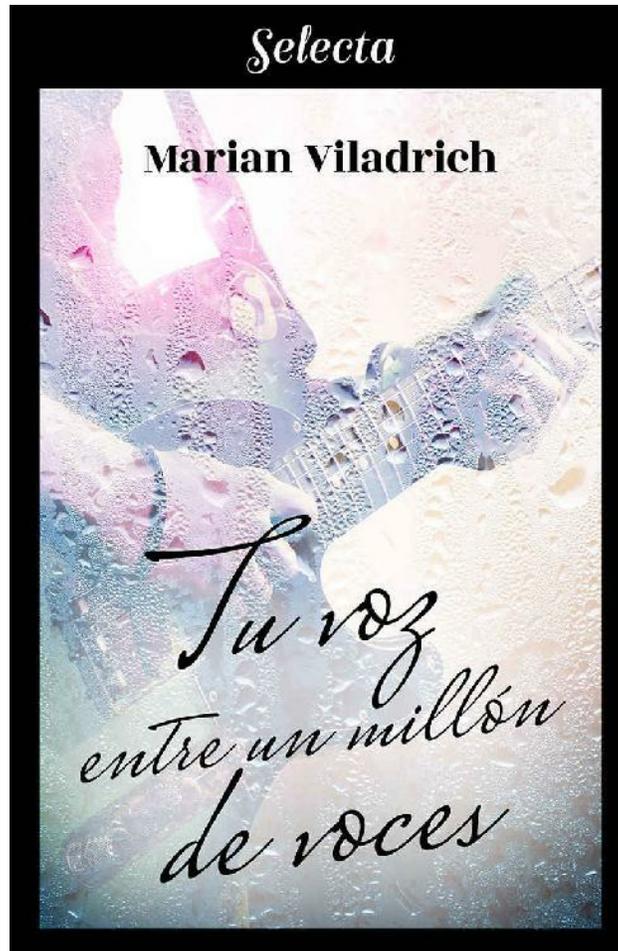
Si te ha gustado

Susurros de amor

te recomendamos comenzar a leer

Tu voz entre un millón de voces

de *Marian Viladrich*



Prólogo

Quince mil voces entonaron al unísono el estribillo de *Sleeplessness*, haciendo vibrar el aire de la gran sala de conciertos. Miles Baker sintió el subidón de energía por todo el cuerpo. Tal vez era toda esa gente electrizada con su música, cantándola con adoración hasta desgañitarse, con los brazos en alto y los rostros sudorosos. Tal vez era el golpe final de adrenalina que producía su cuerpo para hacer frente a los últimos minutos de una larga y extenuante gira. O, quizás, solo era el éxtasis que se había metido un rato antes. No importaba. En ese momento, en ese instante, con la música invadiéndolo todo, se sintió invencible. Intercambió una mirada con James Hathaway, cuyas manos mágicas parecían volar sobre el teclado, y vio una sonrisa feliz cruzar el rostro de su amigo. James hizo un gesto de fingida incredulidad, y el cantante y guitarrista de The Wave entendió perfectamente aquella comunicación sin palabras. «Tío, ¿cómo hemos llegado hasta aquí?», parecía preguntarle el teclista desde el otro lado del escenario, mientras la gente voceaba su canción. El tercer miembro del grupo, Aaron Reynolds, interrumpió aquella conversación silenciosa con un poderoso solo de batería que daba la entrada a la última estrofa de Miles.

—¡Gracias, Nueva York! ¡Es bueno estar en casa otra vez! —aulló el cantante antes de que la música acabara y los asistentes se alzaran en una algarabía de chillidos, aplausos y silbidos. El concierto había terminado y era momento de celebración.

Miles palmeó la espalda de James mientras abandonaban el escenario. Aaron los seguía con aspecto eufórico.

—Bien, chicos, muy bien. Ha sido un buen cierre de gira.

Gerry Fisher, su representante, se frotó las manos, satisfecho; sus pequeños ojos oscuros brillaban y su calva sudorosa relucía bajo las luces del *backstage*. Estaba exultante. La gira de The Wave había sido todo un éxito, salvo el desastre de Albuquerque, donde todo lo que podía salir mal salió peor. Pero el resto del itinerario supuso un éxito tras otro: Phoenix, San Diego, Los Ángeles, Pomona, Las Vegas, Reno, Sacramento, Eugene, Portland, Spokane, Seattle... Mes y medio sin parar, con conciertos casi diarios en buenas salas y con el cartel de «No hay entradas» colgado en taquilla. La banda, que había sacado a la venta su segundo disco en navidades, vivía su mejor momento. En una época en la que el rock parecía haber quedado relegado como música para minorías, The Wave lideraba las listas de ventas, llenaba salas y recopilaba críticas entusiastas.

Los músicos, contentos y cansados, se dirigieron hacia la zona de camerinos, mientras el resto del equipo los felicitaba. Gerry entró con los chicos en la sala reservada al grupo.

—La cosa está un poco eufórica ahí fuera, así que vamos a esperar a que se calme antes de sacaros. Relajaos aquí y os avisaremos cuando los de seguridad lo vean claro. No queremos que pase como en Los Ángeles.

Miles se rio al recordar el caos a la salida del concierto de LA. Los tres llegaron al coche con la ropa hecha jirones, moratones en las piernas y marcas de arañazos en los brazos y el torso. No había sucedido nada grave, pero su representante se había asegurado de que la situación no se

repitiera con un mejorado plan de seguridad.

En la sala todo estaba listo para recibir a los músicos. Ian, o Brian, o como se llamara el último asistente de la banda (Miles era incapaz de recordarlo), había procurado que estuvieran cómodos mientras esperaban a que los hombres de seguridad consideraran la zona despejada y los chicos pudieran dirigirse al hotel para darse una ducha. Después, los llevarían a la gran fiesta de fin de gira que había organizado la discográfica para celebrar el éxito del grupo. Ian/Brian parecía salido de un coro religioso, pero debía de ser por las gafas redondas y aquel corte de pelo tipo monaguillo, porque en realidad se conocía a todos los camellos de la costa este y buena parte de la oeste, reflexionó Miles, mientras echaba un vistazo alrededor. Sí, el chico era bueno en su trabajo: mucho alcohol, comida, chicas... No faltaba de nada. Ian/Brian se acercó a Aaron, chocaron los puños al tiempo que emitían una especie de gruñido y, después, ambos desaparecieron hacia un lateral de la sala para compartir lo que fuera que había conseguido el ayudante. James ya tenía en la mano una cerveza helada y, tirado en un sofá, le hizo un gesto a una de las chicas para que se acercara. Dos segundos después la tenía de rodillas frente a él y el teclista de The Wave, con los ojos cerrados, los pantalones bajados y la cabeza echada hacia atrás, se había olvidado del mundo.

Miles abrió una cerveza. Tenía sed y toda esa adrenalina corriéndole aún por las venas. Quedaban por ahí varias chicas, las mismas *groupies* de siempre que los seguían de ciudad en ciudad, dispuestas a ofrecerse a cualquiera de la banda o incluso del equipo, porque una vez que el trío estaba ocupado, no hacían distinciones. Había estado con la de los rizos teñidos de color rosa chicle después del desastre de Albuquerque. Un poco chillona, pero sabía mover el cuerpo y era todo lo que necesitaba en aquel momento. Hizo un gesto en su dirección y ella, con una sonrisa maliciosa, se dirigió hacia él. Miles bebió un trago largo de cerveza, la dejó sobre una mesa y arrastró a la chica hacia el rincón más oscuro de la sala. Ni siquiera se molestaría en buscar un poco más de intimidad. ¿Qué más daba? Aquel pudor entre la banda y las chicas se había perdido tiempo atrás, así que se limitó a acomodarse en un sillón y esperar su premio. La chica del pelo rosa se abrió la camisa y se subió la falda antes de ponerse a horcajadas sobre el músico. Sin besos. A Miles nunca le habían gustado demasiado y a su compañera tampoco parecían hacerle falta. Se acariciaron durante un rato con cierta rudeza, aunque ella hizo la mayor parte del trabajo, y luego la chica sacó un condón de algún bolsillo oculto en sus ropas, lo manipuló con rapidez y al instante Miles estaba dentro de ella. La mordió en el cuello, porque recordó que a ella le gustaba (en Albuquerque había suplicado varias veces que la mordiera con fuerza), y eso pareció excitarla más. Lo cabalgó con furia y Miles se corrió enseguida, sintiendo que toda la adrenalina, toda la energía, resbalaba por su cuerpo, dejándolo relajado, pero con esa sensación de vacío que solía quedarle cuando tenía sexo estando colocado.

La chica del pelo rosa le dirigió una sonrisa torcida antes de levantarse, recomponer sus ropas y regresar junto a sus compañeras. Todas conocían ya a Miles y sabían que no le gustaba que siguieran a su alrededor después del polvo. Seguramente pensaban que era un capullo, pero

seguían volviendo igual. «El irresistible aura de la fama», pensó el joven con ironía mientras se abrochaba los pantalones. Se encendió un cigarrillo (sí, estaba prohibido fumar, pero ¿quién iba a decirle nada al nuevo dios del rock?), cogió otra cerveza y se dejó caer sobre el sofá junto a James, que, ya con las ropas en su sitio, charlaba con un par de chicas mientras comían sándwiches y bebían cerveza.

James caía bien a las chicas. Siempre amable y con ese aspecto de no haber roto un plato en su vida, incapaz de esconder que venía de una familia con dinero. Todo él, pese a la ropa extravagante para el concierto, el marcado delineador en los ojos, las uñas pintadas de negro y el corte de pelo desordenado, exudaba colegios de pago, equipos de *lacrosse* y vacaciones en los Hamptons. Él se aprendía los nombres de las chicas, incluso de aquellas *groupies* locas que los seguían por todo el país, conocía algunos detalles personales de sus vidas y a veces hablaba con ellas de música o de cine, aunque más bien eran monólogos del teclista ante su extasiada audiencia. No significaba que le importaran más que a Miles, claro, pero James les daba cierta sensación de familiaridad que las embelesaba: un ídolo al que no le importaba bajar de su pedestal para dedicarles unos preciosos instantes de su completa atención. De vez en cuando salía con alguna chica. No las *groupies*, por supuesto, sino alguna modelo de muslos escuálidos y gesto altivo a la que veía un puñado de veces cuando conseguían cuadrar agendas. Trataba de serles fiel y tenía más éxito en su empeño que Aaron, al que no parecía importarle tener una esposa en algún lugar de Illinois.

—No ha ido mal, ¿eh?

James interrumpió la conversación para mirar a su amigo con una sonrisa soñadora en los labios.

—Vamos a salir en todas las noticias. A mis padres les va a dar algo. —Se rio entre dientes, incapaz de ocultar su satisfacción.

Miles también se rio.

—Tío, ¿cómo hemos llegado aquí? —preguntó, verbalizando la misma frase que se habían dicho en silencio sobre el escenario.

—No tengo ni idea. Ha ido todo a tal velocidad que casi ni lo recuerdo.

Pero Miles sí que lo recordaba. Aquel concierto en el Pearl lo cambió todo, aunque en aquel momento no lo supieran. Sucedió tres años atrás, cuando el cantante de The Wave vivía en aquel piso mugriento de Bushwick, tocaba en locales de mala muerte, pasaba de un trabajo temporal a otro y pinchaba en una discoteca para poder pagar el alquiler del local de ensayos, hacer tres comidas decentes a la semana y costearse un par de vicios. Uno de sus vídeos musicales, en una terrible grabación *amateur* realizada por un amigo de James que estudiaba en Columbia, les había proporcionado miles de visitas en YouTube y abierto las puertas al Pearl, un local de Williamsburg muy popular en el circuito rockero neoyorkino. Allí se reunían los amantes del género para escuchar bandas poco conocidas pero con un futuro prometedor, seleccionadas por Jeremy Rogers, una leyenda del rock y uno de los dueños del local.

Aún era capaz de recordar la emoción con la que enfrentaron aquel concierto. En realidad, les parecía lo más natural del mundo actuar en el Pearl. Aquel era su sitio y ya era hora de que se lo reconocieran. Se lo merecían después de los miles de ensayos, de haber tocado en bares cutres por todo el estado, de las actuaciones que algún empresario sinvergüenza les dejó sin pagar, de pequeñas giras por lugares inhóspitos, de llamar a todas las puertas sin recibir respuesta, de navegar a través de las saturadas aguas musicales de Internet tratando de darse a conocer. Cuando llegó la oportunidad de tocar en el Pearl, los chicos de The Wave estaban listos para comerse el mundo, tan seguros de sí mismos que Miles se atrevió a cambiar la letra de una de las canciones en el último momento para hacer rabiar a una chica que no le hacía caso, una de las pocas que había rechazado meterse en su cama. Se lo dijo a los chicos en la furgoneta, mientras iban de camino al local y Aaron encontró divertida su pequeña venganza. James protestó un poco, pero al final optó por dejar que Miles, como siempre, se saliera con la suya.

El concierto en el Pearl había sido todo un éxito, pero estaban tan colocados que no fueron demasiado conscientes de la magnitud del clamor, de lo exquisitamente bien que habían tocado y que incluso la canción con la letra cambiada en el último momento (Miles no recordaba con exactitud las palabras utilizadas, pero salió una letra bastante mala, llena de vulgaridades) era musicalmente tan buena que causó furor. El público estaba entregado y algún cazatalentos andaba por la sala, porque dos días después se encontraron en el despacho de Gerry Fisher escuchando la propuesta más asombrosa. Y, entonces sí, todo fue a una velocidad vertiginosa: empezaron los ensayos extenuantes, dieron algunos conciertos cuidadosamente seleccionados por Gerry, y una chica de pelo azul se hizo cargo de sus redes sociales, de mover su música por la red y de ponerse en contacto con algunas emisoras locales de radio. Grabaron un par de maquetas en un buen estudio del East Village, ofrecieron más conciertos, rodaron un vídeo profesional que colapsó YouTube y fue brevemente mencionado en un programa de la MTV, tuvieron reuniones con varias discográficas, firma de contratos, más grabaciones tras pulir las canciones de la banda, más ensayos... Una estilista y su equipo transformaron el estilo descuidado de los chicos en otro estudiadamente descuidado y hubo sesiones de fotografía, presentación del primer disco, entrevistas, ensayos, conciertos, más entrevistas, más conciertos, festivales de verano... Su música se escuchaba en todas partes e incluso llegó a sonar en la temporada final de una conocida serie de médicos.

En las giras, los hoteles de mala muerte de los primeros *tours* dieron paso a hoteles medios y después a *suites* impresionantes. Salían en las revistas y los invitaban a todas las fiestas, donde todo estaba a su alcance, donde nadie les negaba nada, donde todo era un carrusel desenfrenado. Cambiaron cinco veces de ayudante el primer año, porque Miles y James tenían aquella ridícula competición por ver quién se ligaba primero a las asistentes del grupo, hasta que Gerry, harto, decidió que solo contrataría chicos para el puesto.

Tras la gira europea, fueron nominados a varios premios, ganaron un par de ellos, lo celebraron con una barra libre que duró tres días y se tomaron unos meses de descanso para componer el

segundo disco. La discográfica apretaba y quería aprovechar el éxito de la banda antes de que se pasara de moda. Pero no se pasó de moda. Más ensayos, más grabaciones (esta vez en el mítico estudio de la calle 8), más conciertos, más sesiones fotográficas, más entrevistas, más rodajes de vídeos musicales, más nominaciones, más premios, más dinero, más hoteles, más fiestas locas, más chicas sin nombre, más alcohol, más drogas. La vida iba a toda velocidad y los chicos de The Wave estaban en la cresta de la ola.

—Eh, chicos, nos vamos —anunció Ian/Brian al tiempo que entregaba a las *groupies* unos pases para la fiesta que había organizado la discográfica en una conocida discoteca.

Miles, James y Aaron abandonaron la sala, rodeados de un montón de gente. Los sacaron por una puerta lateral y, aunque la calle estaba bastante despejada, aún quedaban varios grupos de *fans* que los recibieron con gritos y pancartas. James, sonriente, estrechó manos, firmó autógrafos y se hizo fotos con todos los que se acercaron. «Parece un puto político», pensó Miles con el ceño fruncido. Como si les hiciera un inmenso favor, el cantante accedió a hacerse un par de fotos con algunos seguidores, pero mantuvo el rictus serio y el gesto altivo propio de una estrella del rock. Era intocable y su público adoraba eso.

Tardaron un rato en llegar a la limusina, donde Gerry los esperaba repantingado sobre uno de los asientos, mientras tecleaba frenético en el móvil.

—Ha estado bien, ¿eh, chicos? Pero que muy bien —masculló de nuevo con su sonrisa satisfecha—. Ahora tenéis unas semanas de descanso antes de volver a la carretera. Tenemos hueco en unos cuantos festivales, una sesión en Boston, un par de conciertos en Canadá y después gira por Europa. A la vuelta, en septiembre, tenemos contratado un *tour* por Medio Oeste, luego México y, por último, Australia. Ya os pasará Ian el calendario. Van a ser unos meses duros, así que os recomiendo que aprovechéis estas semanas para descansar y coger fuerzas.

—Gerry, me aburres con tanta planificación —interrumpió Miles con tono indolente, al tiempo que se encendía un cigarrillo.

—No te pases, Baker —gruñó el agente. Después, le arrancó el cigarrillo que el músico sostenía entre los labios y lo tiró a través de la ventanilla—. Nunca habéis tenido una gira tan intensa. He visto a tipos mucho más duros que tú incapaces de enfrentarse a esto. Si crees que estas semanas han sido agotadoras, espérate a lo que viene. Ni comparación con la gira del año pasado. Y no creas que ahora vas a estar de vacaciones. No tenéis conciertos, pero sí promoción. Para empezar, mañana tienes la entrevista de *Voices*, a James lo esperan en la WNYU y a Aaron le toca sesión de fotos.

Miles chasqueó la lengua con fastidio. Había olvidado por completo la entrevista de *Voices*. Hacía meses que Candy, o Sandy, o Randy (o como se llamara la chica del pelo azul), había concertado la entrevista, pero habían tenido que posponerla un par de veces. *Voices* era una conocida revista que llevaba más de veinte años ofreciendo una visión arriesgada de la actualidad nacional e internacional en materia política, económica, cultural y tecnológica. Con demoleadoras columnas de opinión, entrevistas audaces y reportajes sólidos realizados por rigurosos periodistas

que no le bailaban el agua a nadie.

—Tienes que estar despejado mañana, ¿me oyes, Miles? No es una entrevista para una revista de quinceañeros ni para un blog de un fan entusiasta. Es *Voices* y no pararán hasta sacar lo peor o lo mejor de ti.

Miles hizo un gesto desdeñoso con la mano. Le fastidiaba tener que madrugar para hacer una entrevista, pero llevaba tres años lidiando con periodistas y sabía darles lo que querían. Un buen titular, un par de frases llamativas y unas cuantas fotos con aspecto de ángel caído. Podía hacerlo con los ojos cerrados.

Llegaba tarde a la entrevista, cansado y con una resaca de campeonato. La fiesta había continuado en casa de uno de los productores y Miles no recordaba cómo había llegado a su piso del Soho, por qué Aaron se había peleado con el tío de la camisa con calaveras ni qué había sido de la pelirroja que había compartido con James.

Mandy, Brandy o Tandy, o como se llamara su jefa de prensa, lo esperaba en el vestíbulo del hotel The Standard. Daba largos paseos de un lado a otro, sin ocultar su nerviosismo, y, de vez en cuando, tironeaba de uno de sus cabellos azules. Era guapa, algo gruesa, pero atractiva, con ese montón de pecas en la nariz y la barbilla redondeada, con *piercings* en orejas, labio y nariz y, según había explicado ella misma en una fiesta legendaria en casa de Aaron, un inmenso tatuaje en la espalda de un fénix en llamas, aunque Miles solo había visto las lenguas de fuego que subían por su nuca cuando se recogía el pelo. La chica jugaba en el otro bando y tenía una especie de novia cerebrita que trabajaba en un laboratorio. Siempre estaba dando órdenes, regañando a James por subir fotos a Instagram sin que ella les diera el visto bueno y molesta con Miles porque se negaba a tener una cuenta en Twitter a través de la cual vomitarle chorradas al mundo. Ya lo hacía con sus canciones, así que no necesitaba hacerlo gratis y a diario en una red pública donde todo el mundo pensaba que tenía algo interesante que decir. Si él tenía algo interesante que decir, le ponía música.

—Llegas tarde y tienes un aspecto horrible —chilló su jefa de prensa en cuanto lo vio—. Hamilton lleva veinte minutos arriba. Ya puedes disculparte y tomarte en serio la entrevista. Esto es *Voices* y han mandado a su mejor entrevistador. Te va a despellejar vivo...

—Para ya, Brandy. Da las gracias que he venido y solo porque Brian se ha presentado en mi casa y me ha obligado a salir. Tengo una buena resaca y estoy de bastante malhumor, así que por mí el periodista ese puede...

—Andy, mi nombre es Andy, o Andrea, si lo prefieres. Llevo tres años trabajando contigo. Podrías hacer el esfuerzo de recordar mi nombre alguna vez. Y es Ian, no Brian —lo cortó la chica airada, mientras entraban en el ascensor—. Esto es serio. Tyler Hamilton no es uno de esos blogueros que besan el suelo que pisas. Es un periodista de verdad, de los que destripan senadores para desayunar y se meriendan a los banqueros más arrogantes.

—Estoy temblando, An-dy —pronunció su nombre muy despacio, remarcando cada sílaba. Después se quedó pensativo un rato—. ¿Tyler Hamilton has dicho? Me suena ese nombre, pero ahora no caigo...

Siguió a Andy por el pasillo hasta la *suite* que había alquilado la revista. Amplios ventanales del suelo al techo ofrecían una espectacular vista del río Hudson y el mobiliario, moderno y de calidad, tenía un aire sofisticado y al mismo tiempo confortable. Una camarera del hotel estaba sirviendo un completo servicio de desayuno, una maquilladora esperaba sentada en una silla de aspecto incómodo y en un rincón el fotógrafo terminaba de preparar su equipo. Junto a una de las ventanas aguardaba un hombre rubio, que debía rondar la treintena. Se acercó a Miles con la mano extendida, pero el gesto serio. Mierda... Tyler Hamilton... Lo reconoció de inmediato. De todos los periodistas de la ciudad, sin duda ninguno debía odiarlo más que aquel tipo. Solo lo había visto dos veces, pero no lo había olvidado.

—Tyler, siento la espera, pero ya estamos aquí —dijo Andy. La chica empezó a hacer las presentaciones, pero Miles la cortó con un gesto vago.

—Ya nos conocemos.

A los labios del periodista asomó media sonrisa burlona. Sus ojos castaños tenían un brillo acerado y parecía estar disfrutando el momento. Miles lo sabía: no iba a salir indemne de aquella entrevista y, en realidad, lo merecía. Aunque Hamilton al final se había llevado a la chica, ¿no? Eso debería atenuar un poco sus ganas de revancha.

Tyler Hamilton estaba aquella noche en el Pearl, cuando todo cambió para los chicos de The Wave. Iba como acompañante de una de las compañeras de piso de Miles: Alison. Alison Parker. Resultaba curioso cómo había perseguido a aquella chica durante meses y en aquel momento le costaba recordar los rasgos de su rostro. En realidad, no se trataba de ella, sino el desafío que suponía su indiferencia. Era un par de años mayor que Miles, recién licenciada y trabajaba de maestra en un colegio de Battery Park. Venía de algún lugar perdido de Carolina del Norte. One Tree Hill u Oak Hill o algo así, aunque había estudiado en Boston. La chica era más que guapa. Rubia, ojos azules, de rostro angelical y figura esbelta. Del tipo buena chica, que nunca le había resultado demasiado interesante, ni siquiera de adolescente. ¿Para qué iba a querer él una buena chica? No, definitivamente no eran su tipo, a pesar de que ellas parecían sentirse atraídas por él y más de una creyó que sería la elegida para sacar a la luz el lado sensible del salvaje rockero.

Sin embargo, Alison era diferente: tímida, aunque con carácter, y no le impresionaba el masculino atractivo de Miles Baker. En realidad, sus compañeros de piso no le gustaban demasiado a la maestra, pero no podía permitirse una renta más alta, así que tuvo que aguantarse. El músico era el que menos le gustaba de todos y lo evidenciaba cada vez que hablaba con él. Miles estaba acostumbrado a que las chicas lo encontraran irresistible, incluso aquellas a las que caía mal, y el rechazo de Alison lo descolocaba. Así que durante varios meses persiguió a la joven con un coqueteo burlón y poco sutil que ella rechazaba con exasperación.

No estaba enamorado de Alison, tan solo le parecía un poco más interesante que el resto de las

chicas y le gustaba que supusiera un reto, pero no tenía nada que hacer con ella y fue entonces cuando se le ocurrió aquella broma, la de cambiar la letra de una de las canciones nuevas para dedicársela a Alison, que iba a acudir al concierto. La vio en el Pearl poco antes de subir al escenario, mirando embobada al tal Tyler Hamilton, que tiempo atrás había sido su vecino, su amigo o su novio, vaya uno a saber qué. Cuando fue a saludarlos, trató de marcar su terreno, pero supo que se estrellaba contra un muro. Alison estaba pegada como una lapa a aquel tipo y él parecía encantado. Así que Miles subió al escenario, ofreció uno de los mejores conciertos de su vida y para terminar cantó la canción de Alison, después de dedicársela. No recordaba las palabras que utilizó, iba demasiado colocado para ello, aunque sabía que no fue una canción bonita.

No vio a Alison después del concierto, pero al día siguiente se cruzó con ella en el portal. Estaba sacando sus cosas del apartamento, ayudada por ese individuo. Quiso disculparse, porque sabía que se había pasado, pero ella no lo escuchó. Hamilton parecía tener ganas de partirle la cara. Sin embargo, se contuvo y dejó que Alison librara su propia batalla con la valentía de una leona. Se fue con ese tío, la secretaria de Gerry llamó aquella misma tarde para concertar la cita que cambiaría la vida de los chicos de *The Wave* y el músico no volvió a saber de la pareja. Y, tres años después, Tyler Hamilton, que resultaba ser uno de los periodistas estrella de *Voices*, estaba frente a él. Si Mandy/Candy/Andy estaba en lo cierto y era un entrevistador tan temible, Miles no iba a pasar un buen rato.

—No pensé que te acordarías de mí —repuso Tyler con tranquilidad, mientras le indicaba con un gesto que se acomodara en el sofá circular situado frente a uno de los ventanales. Brandy/Randy despidió a la camarera y, viendo que Tyler y el fotógrafo ya tenían sus propios cafés, se sirvió uno, ignorando deliberadamente a Miles.

—Me acuerdo más de Alison —mintió Miles con una sonrisa torcida, pero se arrepintió en el acto de su bravuconería. La mirada de Tyler se endureció y la leve tensión de su mandíbula no auguraba nada bueno.

—Creo que será mejor que no te acuerdes demasiado de mi mujer.

Así que se habían casado, pensó Miles. No debería jugar con fuego, pero no podía evitarlo, era algo superior a sus fuerzas. Nunca había tenido el instinto de supervivencia demasiado desarrollado.

—Alison era... una chica muy especial —empezó a decir con voz ronca. La mano de Hamilton cayó sobre su hombro izquierdo. Parecía calmado, pero Miles sintió un agudo pinchazo en el hombro ante la presión de sus dedos. El periodista se inclinó hasta que los ojos de ambos quedaron a la misma altura, en un gesto claramente amenazador.

—Deja a mi mujer fuera de nuestra conversación —señaló, pronunciando muy despacio cada palabra, mientras miraba al músico con los ojos entrecerrados. Luego se separó de él, tomó asiento, clavó la mirada en el Hudson y recuperó su aspecto calmado—. Me acuerdo bien de aquel concierto. Siempre me ha gustado la música rock, pero no conocía a vuestro grupo. Ni

siquiera había estado antes en el Pearl. Fue todo un descubrimiento aquella sala. Volví otras veces por allí y siempre encontré grupos que merecían la pena.

Miles se relajó y durante un largo rato hablaron de aquel concierto (aunque eludieron la ominosa canción final), del Pearl, de la llamada de Gerry que les cambió la vida, de la música que estaban haciendo en aquel momento, de la próxima gira... Saltaban de un tema a otro y Miles, sorprendido por la fluidez con la que podía conversar con Tyler Hamilton, se dejó llevar. Hablaron de cultura, de política, de la música comercial, de la piratería, del uso de Internet por parte de los nuevos músicos, de los intereses de las discográficas... En un momento dado, Miles echó un vistazo al reloj de su móvil.

—Oye, tío, llevamos una hora de charla. ¿No crees que deberíamos empezar la entrevista?

Una sonrisa burlona cruzó el rostro de Tyler Hamilton.

—Llevamos una hora de entrevista, Baker. No sé qué creías que estábamos haciendo...

Miles lo miró boquiabierto. Estaba acostumbrado al formato pregunta-respuesta cuando lo entrevistaban. Siempre le preguntaban las mismas tonterías: qué artistas lo inspiraban, cuál era su comida favorita, qué buscaba en una mujer, cuál era su canción preferida, cómo se llevaba con el resto del grupo... Pero Tyler no le había hecho ni una sola pregunta. Había mantenido una conversación inteligente, saltando de un tema a otro, como si fueran dos amigos tomando una cerveza, y el músico había dado controvertidas opiniones sobre el mundo de la música y sobre los temas de actualidad más candentes, como las leyes de inmigración o la pena de muerte. En distintos momentos habían hablado sobre The Wave y su música, pero también sobre otros grupos, con los que había sido especialmente crítico. Muy crítico. Dio un rápido repaso mental a la conversación mantenida y asintió satisfecho. No le importaban sus polémicas opiniones: le encantaba desafiar y *Voices* no habría querido entrevistarle si no hubiera sido tan provocativo. Iba a ganarse unos cuantos enemigos con aquella entrevista, pero no le importaba en absoluto.

—Me gustaría profundizar un poco más en vuestra música, porque tengo la sensación de que esas letras tan crípticas tienen varias lecturas. Por ejemplo, dicen que *So Good* es una de las mejores canciones de amor de los últimos diez años.

—Eso dicen... —Miles esbozó una sonrisa ladeada, algo canalla, esa que siempre utilizaba con las chicas y los fotógrafos—. Solo que no es una canción de amor. Jamás he escrito una canción de amor.

—¿Nunca? ¿Un músico que no escribe sobre el amor? Siempre ha sido uno de los temas favoritos, incluso para los rockeros más duros. ¿Por qué The Wave no canta al amor... o al desamor, que es la otra cara de la moneda? —Tyler parecía sorprendido y, por primera vez en toda la entrevista, mostró auténtica curiosidad.

—No puedo escribir sobre algo que no he sentido nunca y que ni siquiera creo que exista.

Tyler lo observó con seriedad.

—¿Nunca te has enamorado?

El músico negó con la cabeza, sin perder la sonrisa burlona, pero poco dispuesto a profundizar

en sí mismo. No iba a abrir su alma ante nadie y menos aún ante un periodista. Sin embargo, Hamilton no insistió. Lo miró largamente, casi con lástima, lo que irritó al rockero, pero después volvió a *So Good*. Miles no tuvo ningún problema en explicar que, en realidad, la canción era un elogio a las drogas. Tyler no pareció escandalizado.

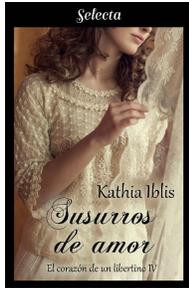
—¿No dices nada? —inquirió Miles con malicia.

—¿Creéis que sois los primeros en consumir drogas? ¿Los primeros en reconocerlo públicamente? ¿O en dedicar una canción al tema? No sois muy originales. Los Rolling, Guns N' Roses, Red Hot Chili Peppers, Aerosmith, The Doors... Hasta Los Beatles tienen su *Lucy in the Sky with Diamonds*. Rock y drogas... No es demasiado original.

Pese al tono desdeñoso del periodista, Miles creyó que aquel sería el titular de la entrevista, que la mejor canción de amor de la década era, en realidad, un himno que ensalzaba las drogas, o, tal vez, alguna frase de sus controvertidas opiniones políticas, pero en el siguiente número de *Voices*, con un Miles Baker fotografiado en la azotea del hotel, subido a la barandilla de la terraza, con los brazos extendidos, sus espectaculares ojos verdes mirando al cielo y con aspecto de estar a punto de caer de espaldas sobre el río Hudson, en una imagen que se convertiría en icónica, se leía: «Jamás he compuesto una canción de amor». Parecía una frase tonta, pero el país entero habló del tema durante semanas.

The Wave se marchó de gira antes de que saliera la revista. Seis meses después, en un hotel de Sydney, en el baño de una impresionante habitación con vistas a la bahía, Aaron Reynolds, batería del grupo, fue encontrado muerto por sobredosis. Y todo volvió a cambiar.

Susurros de amor



Tras un inesperado viaje, lo que menos espera la señorita Bianca Callahan es conocer a un misterioso hombre cuyos susurros le robarán el corazón... Y no podrá pensar en nada más que en descubrir su identidad.

Cameron Ramsey Kerr, heredero del vizcondado de Lohrien, lo único que ama es el anonimato que le otorga su trabajo... hasta que, en la última misión, su camino se cruza con el de una cautivante joven que le roba el corazón.

Sin embargo, un pasado tormentoso y un futuro incierto obrarán para que él mantenga la mayor distancia posible.

¿Podrán unos susurros de amor por la noche unir los destinos de dos amantes?

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Kathia Iblis

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-02-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Prólogo

[1] Evento social que se celebra por la tarde o noche.

Índice

Susurros de amor

Nota editorial

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Kathia Iblis

Créditos

Notas